



Yo
me he
tu llevado
queso



Darrel Bristow-Bovey

El manual de autoayuda para los que no quieren ayudarse.
Es más, para los que no quieren ni levantarse del sofá

Lo malo de los manuales de autoayuda que invaden nuestras librerías y mesillas de noche (aparte de lo mal escritos que están y lo feos que son sus autores) es que te obligan a hacerlo todo por ti mismo. Tú tienes que leerlos, acordarte de cada uno de los doce pasos y hasta ponerlos en práctica. No es éste el caso. Éste es el manual de autoayuda para la gente a la que no le interesa esforzarse, para los que no quieren ni levantarse del sofá. Este manual les explicará cómo mejorar sin mover un dedo. Es más, ni siquiera es necesario leer el libro. Sólo con comprarlo y colocarlo en un sitio bien visible de la casa te sentirás más feliz, inteligente y deseable. Ello se debe a un revolucionario tratamiento que le han dado al papel, un compuesto químico bautizado con el nombre de Osmósix[©] y perfectamente inhalable en posición horizontal. En este libro, el periodista Darrel Bristow-Bovey ha resumido las lecciones de cientos de manuales de autoayuda. Si antes sospechabas que eran una sarta de tonterías, ahora no te cabrá la menor duda. Darle es uno de los mejores columnistas de su país, Sudáfrica, pero el éxito no lo ha cambiado y sigue cumpliendo sus promesas: al final de este libro te enterarás de quién se ha llevado el dichoso queso. Y, lo que es más importante, habrás aprendido unos cuantos trucos para que no se lleven también tu cerebro.

Darrel Bristow-Bovey

Yo me he llevado tu queso

Para quienes se niegan a vivir como ratones en laberintos ajenos



Título original: *I Moved Your Cheese*

Darrel Bristow-Bovey, 2001

Traducción: Helena Martín

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Si la vida fuera una carrera de obstáculos, este libro no os ayudaría ni a saltar la primera valla.

CARL LEWIS,
atleta y medallista olímpico

Primero voy a forrar este libro para que no se estropee y en el futuro, cuando tenga nietos, pienso leérselo como si fuera un cuento y decirles: «Esto es lo que os pasará si no termináis la carrera de Derecho».

JAMES BYE,
del bufete de abogados Bye, Bye, Baby & Co.

Leer este libro no ha afectado mi vida en absoluto.

JOHN ROBBIE,
exjugador de rugby y estrella de la radio y la televisión

Ninguna selva amazónica ha sido dañada durante la elaboración de este libro.

STING

Darrel Bristow-Bovey es un escritor muy... persistente.

CLARE O'DONOGHUE,
directora de la revista Style

Darrel Bristow-Bovey escribe con la originalidad y elegancia de autores como... ejem... como...

JEREMY GORDIN,
director del periódico Sunday Independent

Siempre supe que Darrel escribiría un libro, pero nunca pensé que sería sobre queso. Cuando era pequeño no le interesaba demasiado. Le gustaba en los macarrones, claro, como a todos los niños, pero si hace veinte años alguien me hubiese dicho: «Roslyn, ¿sobre qué será el primer libro de tu hijo?», yo no sé qué le habría contestado, pero desde luego queso no. Quizás helado. A Darrel le gustaban mucho los

helados.

ROSLYN BRISTOW-BOVEY
madre del autor

Todavía le debo una cerveza a Darrel, pero no pienso decir lo que él quiere que diga.

JEREMY MAGGS,
presentador de la versión surafricana de ¿Quiere ser millonario?

Creo que a Darrel Bristow-Bovey le falta un tornillo.

Tim MODISE,
locutor de radio

No sé quién es.

OPRAH WINFREY,
presentadora de televisión

Se aproxima un frente frío.

Pippo BONTEMPO,
hombre del tiempo italiano

Este libro me impresionó tanto que encargué ejemplares para todos mis empleados, y esta Navidad voy a regalárselo a todos mis amigos.

MARLENE FRYER,
editora del libro

A menudo he considerado cambiar mi vida, pero gracias a Darrel seguiré siendo como soy hasta el día de mi muerte.

BILL,
jubilado

*Este libro está dedicado a todos aquellos
que lo han hecho posible:
A Jack Daniel, a mi barman, al que enseñó
a Braam van Straten a jugar al rugby,
a Peter Stuyvesant, a Marco Polo (por inventar
la pizza, o traerla de China, no me acuerdo).
Y por supuesto, a Justine, mi quesito favorito.*

Introducción

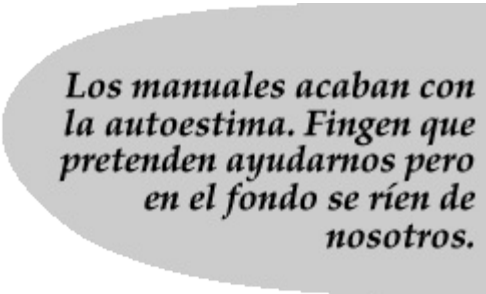
Éste no es otro manual de autoayuda. De veras. Yo no os haría semejante cosa. ¿Por qué? Pues porque los dichosos manuales acaban con la autoestima del más pintado. Son como las dietas, o la suscripción al gimnasio que nos regalan en nuestro cumpleaños: fingen que pretenden ayudarnos pero en el fondo se ríen de nosotros. Nos llenan la cabeza de promesas y esperanzas, pero al final nos dejan deprimidos y con los nervios hechos polvo.

Como las dietas y los gimnasios, los manuales de autoayuda te venden la ilusión de que cabe hacer algo para mejorar como persona, que gracias a ellos es posible encontrar nuestro niño interior, adelgazar o ligar con azafatas o tipos estupendos que estén forrados y conduzcan unos cochazos increíbles. Si sigues sus preceptos, la fortuna te sonreirá y el universo entero se enamorará de ti, dicen. En teoría nos dan alas, pero cuidadito con ponerte a volar.

Los manuales de autoayuda no funcionan, por una razón muy sencilla: porque esperan que el lector haga todo el esfuerzo. Sería más honesto que te vendieran un bolígrafo y un libro con las páginas en blanco. (Una propuesta que, por cierto, le hice a mi editora y que no tuvo el éxito esperado. Y eso que se lo di todo hecho; le llevé un paquete de folios y un boli que me agenció en recepción, pero nada).

Por mucho que prometan que es fácil, que no cuesta mucho, todos los manuales de autoayuda parten de la base de que el lector se esforzará. Por ejemplo, a simple vista puede parecer que las siete claves espirituales del éxito hayan conseguido condensar varios milenios de filosofía universal en siete bocaditos de fácil digestión. Sin embargo, y por muy ligeros que sean, nadie se libra de tragárselos. Hay que memorizar las siete claves (o anotarlas en la mano) y, lo que es peor, intentar ponerlas en práctica. Los autores de manuales siempre olvidan que si fuéramos capaces (o tuviéramos las más mínimas ganas) de hacer todas esas cosas que nos aconsejan, no necesitaríamos comprarnos sus dichosos libritos.

Si sois como yo —y creo que todos en el fondo lo somos—, no os apetece



Los manuales acaban con la autoestima. Fingen que pretenden ayudarnos pero en el fondo se ríen de nosotros.

esforzaros para convertirnos en mejores personas. Los seres humanos son un poco como Siberia, la playa de Benidorm o el Domo del Milenio de Londres: no se puede hacer gran cosa para mejorarlos. Cuando uno se da cuenta del problema ya suele ser tarde, y no queda más remedio que tirarlo todo y empezar de cero. Personalmente, yo (que no soy Siberia, ni la playa de Benidorm, ni el Domo del Milenio de Londres — aunque mis amigos me dicen que de perfil me parezco un poco a este último) paso olímpicamente.

Por eso he escrito este libro: para decir que no hay nada malo en pensar así. Adelante, cantad conmigo: «Somos vagos, somos inútiles, no pensamos movernos... ¿qué pasa?». Aunque no se reconozca, formamos el estrato más importante de la sociedad, la base sobre la cual se asienta cualquier pueblo civilizado. Somos esa mayoría que no acaba de creer en hacer sacrificios para conseguir una barriga más lisa o un espíritu más satisfecho. Siempre hemos estado ahí y lo seguiremos estando cuando esos fanáticos de una vida mejor hayan pasado a mejor vida.

Es más, no tenemos de qué avergonzarnos. Somos lo mejor de este mundo de locos: nosotros no nos dedicamos a invadir países vecinos o a crear partidos políticos, ni a inventar monstruosidades como *Gran Hermano* o teléfonos móviles con la musiquita de *El bueno, el feo y el malo*. Sólo queremos que nos dejen en paz: comer bien, vivir bien y hacer el amor con gente guapa. Como mucho, puede que nos saltemos alguna norma de tráfico, pero nunca se nos ocurriría infringir las leyes de la naturaleza. Lo nuestro es dejarnos llevar tranquilamente por la evolución natural de la especie.

Si no fuera por nosotros, el mundo sería mucho peor. Somos, por ejemplo, los principales responsables de cualquier tema de conversación interesante. El aforismo ingenioso, el pequeño cotilleo y el comentario mordaz fueron todos inventados por gente como nosotros: personas interesadas en obtener el máximo efecto con el mínimo esfuerzo. De no ser por nosotros, todos estaríamos haciendo ejercicio, buscando la luz, afrontando el cambio y otras memeces por el estilo. Si no fuera por nosotros, el mundo se desintegraría de puro aburrimiento.

Cómo el estegosaurio o la fondue con sus tenedorcitos a juego, si no logramos adaptarnos estamos condenados a la extinción.

Evidentemente no hay que confiarse demasiado. Como el estegosaurio o la *fondue* con sus tenedorcitos a juego — que ya nadie quiere, no nos engañemos —, si no logramos adaptarnos a estos nuevos tiempos, estamos condenados a la extinción. Steven Spielberg hará una película sobre nosotros. Necesitamos mantenernos atractivos para conservar nuestras parejas, y adquirir riqueza y salud para crecer y reproducirnos con el fin de pasar nuestros genes apáticos a generaciones venideras.

Aquí es donde entra este libro. Si buscáis consejos fáciles para convertirnos en personas fabulosas con una vida perfecta, ya podéis cerrarlo inmediatamente, porque

Adelante, cantad conmigo: «Somos vagos, somos inútiles no pensamos movernos... ¿y qué?»

no os va a interesar (aunque si queréis comprar unos cuantos ejemplares para regalar a vuestros amigos, no os cortéis). Éste es el manual para la gente que no quiere esforzarse; para los que no quieren ni levantarse del sofá. Si sois vagos de nacimiento, este manual os explicará cómo mejorar sin tener que hacer el más mínimo esfuerzo.

Por no hacer, ni siquiera es preciso que lo leáis. Sólo con comprároslo y colocarlo en un sitio bien visible de la casa, os sentiréis más felices, inteligentes y deseables. Ello se debe a un revolucionario tratamiento que le hemos dado al papel, un compuesto químico al que hemos bautizado con el nombre de Osmósix[©] y que puede ser perfectamente inhalado desde una posición horizontal. En los países del hemisferio norte, el Osmósix[©] se identifica por un ligero olor a aceite de freír. En el hemisferio sur se caracteriza por un leve tufillo a roquefort.

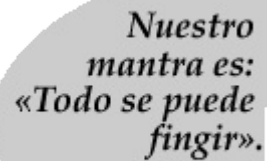
Además del Osmósix[©] al final del libro os ofrecemos una serie de páginas en blanco. Aparte de servir para que el tomo parezca más grueso en las estanterías, estas páginas os permitirán fingir que leéis —en la playa o en el Metro—, cuando en realidad estéis descansando la vista y pensando en el último episodio de *Sexo en Nueva York*.

Por cierto, si por casualidad se os ocurre compartir este manual con vuestra pareja, miembros de vuestra familia o colegas de trabajo, debo advertiros que Osmósix[©] es un compuesto muy sofisticado que, cual lapa, se pega a la composición química de la primera persona que abra el libro y respire su intenso perfume. El Osmósix[©] funcionará sólo con quien lo haya comprado, por lo que los maridos o las secretarias deberán adquirir su propio ejemplar. Obviamente esto no os hará muy felices pero sí a nosotros. De hecho, en el mundillo editorial, el olor a Osmósix[©] nos recuerda mucho al de los billetes recién salidos del banco.

Así que seguidme, hermanos y hermanas, y caminemos hacia un mundo más feliz (o un mundo en que, como mínimo, nuestra cobardía pase totalmente inadvertida). Y mientras avanzamos, recordad nuestro mantra, entonadlo en voz alta, imprimidlo y pegadlo en la nevera o la guantera del coche, o tatuároslo en el interior de los párpados para poder leerlo mientras dormís la siesta. Si queréis, podéis quitaros la camisa, sacar los tambores y cantarlo al ritmo de tam-tam (aunque si decidís saltar por ahí medio desnudos, os ruego que cerréis las persianas para que no os vean los vecinos).

¿Listos? ¿No? Ay, perdón. Pensaba que ya os lo había dicho. Nuestro mantra es: «Todo se puede fingir». Podéis añadir todos los oms, ahs y grititos que os dé la gana, pero lo básico es eso: todo se puede fingir (excepto la falta de sinceridad, supongo. Es difícil fingir falta de sinceridad. Ah, y tener un pelo bonito. Desgraciadamente o tienes un pelo bonito o no lo tienes. Pero aparte de eso, el mantra no falla).

¿Preparados? ¿Listos? Pues adelante.



Nuestro
mantra es:
«Todo se puede
fingir».

1

Buscar y encontrar

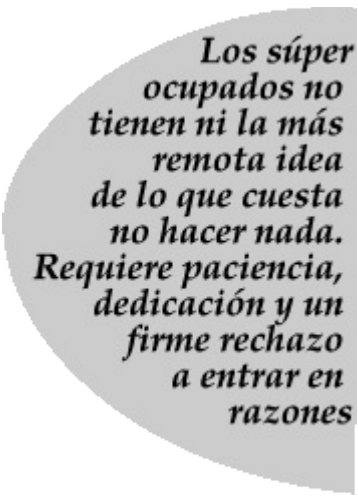
No es fácil ser vago en esta época (bueno, ni en esta ni en ninguna). Los súper ocupados no tienen ni la más remota idea de lo que cuesta no hacer nada. En efecto, amigos, requiere paciencia, dedicación y un firme rechazo a entrar en razones. Sólo nosotros somos conscientes de la disciplina y energía que se necesita para dedicarnos a nuestro arte (Dios, qué cruz la nuestra...).

Hoy en día existe más presión que nunca para mejorar: para parecer más guapos, meditar más, beber menos y elevarnos a la altura de los ángeles. De vértigo. Incluso yo, cuando era más joven y dinámico, caí en la trampa de recorrer el mundo en busca del secreto de una vida mejor. Viajé hasta Suramérica, al tórrido desierto de Atacama, en Chile, donde me habían dicho que vivía un hombre muy sabio. No podía perderme, me aseguró la gente del lugar, al tiempo que me indicaban una montaña y un estrecho sendero entre rocas y peñascos. Me dijeron que el sabio era un viejo con barba que se asomaría por detrás de una roca y, cuando yo llegara a la parte más empinada, me acribillaría con mangos maduros.

—¿De dónde saca los mangos si vive en medio del desierto? —quise saber. La gente del lugar bajó la cabeza y trazó dibujos en la arena con los dedos de los pies.

—Los caminos del viejo de la montaña son inescrutables —me contestaron.

Así que cogí una mochila y un impermeable y me dispuse a subir la montaña. Hacía un calor seco, lo cual era de esperar estando en el desierto. Cuando llegué a la parte más empinada, me cubrí la cabeza con el impermeable (porque a nadie le gusta que le acribillen con frutos tropicales), pero el viejo de la montaña no dio señales de vida. Así que ésta fue la primera lección que aprendí:



*Los súper
ocupados no
tienen ni la más
remota idea
de lo que cuesta
no hacer nada.
Requiere paciencia,
dedicación y un
firme rechazo
a entrar en
razones*

Yo esperaba lo peor, pero ahora que lo peor no ha sucedido, me siento decepcionado. Así pues, soy el artífice de mi propio desencanto.

Aunque la verdad es que ésa fue la segunda lección. La primera fue:

Si subes por la cara más empinada de una montaña con un impermeable en la cabeza, no verás por dónde vas y te machacarás las espinillas.

Así pues, me quité el impermeable y, mientras me frotaba las espinillas, vislumbré una cornisa en la roca. Allí sentado, con las piernas cruzadas y los ojos cerrados, había un viejo andrajoso con una barba igualmente andrajosa. Jadeando, caí de rodillas al suelo, en parte por respeto al viejo y en parte porque la cuestecita se las traía, el oxígeno escaseaba y ninguno de los lugareños había querido venderme hojas de coca. Cuando recuperé el aliento, llegué a esta importante conclusión (que escribí en la arena con el dedo, por si luego se me olvidaba):

Si no tememos que nos arrojen frutos tropicales a la cabeza, veremos más claramente las riquezas que tenemos ante las narices.

No estaba seguro de qué debía decirle al sabio de la montaña, quien seguía respirando profundamente con los ojos cerrados, como suelen hacer los sabios de la montaña y los animales en estado de hibernación. Finalmente, con mano temblorosa, le tiré un poco del taparrabos.

El viejo de la montaña se sobresaltó y abrió unos ojos intensos y dorados como copas de *whisky*. Alzando la mirada al cielo, pronunció las siguientes palabras:

—¿Qué demonios?

—Soy tu modesto peregrino —le contesté, poniéndome a sus pies.

—¿Cómo has subido por la parte más empinada sin que yo te oyera? —preguntó el viejo, que aprovechó mi postura para patearme la cabeza.

Pese a la sorpresa no me ofendí, ya que tengo entendido que los viejos sabios pueden ser un poco ariscos. Una vez, mi buen amigo Chunko visitó a un sabio en las calurosas junglas de Laos: el viejo perdió los nervios después de una partida de ajedrez y apaleó a mi amigo con un junco de bambú. «A veces —me dijo Chunko—

las lecciones de los sabios son un poco durillas».

Así pues, escribí otra lección en el polvo con el dedo:

No temas descubrir que tus ídolos tienen los pies de barro, así no te dolerá tanto cuando te pateen en la cabeza.

Por suerte, el viejo de la montaña enseguida dejó de patearme y se dispuso a volver a su siesta.

—Maestro —imploré—. Estoy a vuestro servicio.

—Pues si estás a mi servicio —me contestó ajustándose el taparrabos— ve a vigilar si vienen otros peregrinos. Aquí tengo mangos para una semana y no quiero que se me estropeen.

—Pero maestro, yo he venido a aprender de vos.

El viejo intentó pegarme de nuevo, pero yo le agarré de la pierna, se la retorcí y lo derribé. Mientras se reponía, me dio tiempo de escribir la siguiente lección en la arena:

La sabiduría no cae del cielo como los mangos. A veces hay que sorprenderla y derribarla. No temas enfrentarte a la sabiduría: si lleva mucho tiempo sentada en una montaña con las piernas cruzadas, estará un poco deshidratada y será fácil de dominar.

—Vale, vale —masculló el viejo de la montaña—. Si me sueltas, contestaré a todas tus preguntas.

Así pues, nos sentamos el uno frente al otro y la paz volvió a reinar entre nosotros.

—¿Cómo llega uno a ser un sabio de la montaña?

El viejo se encogió de hombros y se atusó las barbas.

—No es difícil —respondió, y a continuación me contó la historia de su vida—: Cuando yo era un joven como tú, también andaba en busca de la sabiduría. Un día conocí a un hombre que decía ser el filósofo Carlos Castaneda, aunque ahora que lo pienso, quizá fuera Carlos Santana. (Todo el mundo decía que era un tío muy listo y que tocaba muy bien la guitarra). Pues bien, cuando el tal Carlos me dio un trozo de cactus para mascar, pensé: «Si este hombre es tan listo, ¿por qué no le quita los pinchos antes de

No temas enfrentarte a la sabiduría: si lleva mucho tiempo sentada en una montaña con las piernas cruzadas, estará un poco deshidratada y será fácil de dominar.

metérselo en la boca?»». Sin embargo, por aquel entonces yo era joven y me encantaban las drogas alucinógenas, así que me comí el cactus. Acto seguido me ocurrieron una serie de cosas extraordinarias. Primero, se me reveló el secreto de la vida y la muerte (que rápidamente escribí con el dedo en la arena, aunque ya sabes cuál es el problema: no te lo puedes llevar a casa). Luego, después de mi visión de la vida y la muerte, se me apareció un demonio terrorífico en forma de Snoopy.

—¿Snoopy? —pregunté sorprendido.

—Sí, el perrito ése. No es tan inocente como parece. Snoopy me persiguió y yo salí huyendo. En esos momentos me encontraba en México y huí con esa bestia infernal pisándome los talones hasta llegar a Chile. Supongo que entonces el cactus dejó de hacerme efecto porque Snoopy desapareció. Como estaba muy cansado, decidí quedarme para reponer fuerzas. Te sorprenderá, pero los alquileres en Chile no son tan baratos como parece, por lo que cuando encontré esta cornisa en la montaña, no me lo pensé dos veces. Es bastante cómoda, menos cuando llueve o cuando las serpientes de cascabel vienen a refugiarse del frío de la noche y se me acurrucan en los sobacos.

—¿Y llueve mucho? —pregunté.

—Hace veinte años que no cae una gota —me respondió con la sonrisa confiada de un hombre que ha invertido sabiamente en bienes inmuebles.

—Pero ¿cómo se hizo sabio? —insistí.

—Ah, sí —contestó con indiferencia—. Llevaba ya un tiempo viviendo aquí, comiendo huevos de cóndor y preguntándome qué hacer. Estaba pensando en irme a la Patagonia a escribir un libro de viajes, o a Broadway a montar un musical, cuando oí unas voces que venían de la ladera de la montaña. Eran tres hombres del pueblo que subían con una cesta llena de provisiones, entre ellas un enorme queso de llama. El queso de llama es mi debilidad.

—¿Ah, sí? Yo lo encuentro un poco ácido.

—Qué va. Tienes que aprender a apreciar el buen queso, tío. Bueno, pues me ofrecieron la comida a cambio de unas cuantas palabras de sabiduría. Yo les contesté que no sabía ninguna, que como máximo podía recitarles las dos primeras estrofas de *Yesterday*. Ellos asintieron, así que eso hice, y se marcharon tan contentos. Fue entonces cuando me di cuenta de que no sabían ni una palabra de inglés. Curiosamente no parecía importarles y cada día venía más gente del pueblo con cestas de comida y se sentaban a escuchar *Yesterday* o, cuando quería variar, *Ob-la-di Ob-la-da*.

Tras oír esta historia, asentí y escribí la siguiente lección en la arena:

En ocasiones no resulta necesario adquirir sabiduría mediante enseñanzas. A veces basta con hallarse próximos a la sabiduría. Y a veces ni siquiera es preciso que le encontremos el más mínimo sentido.

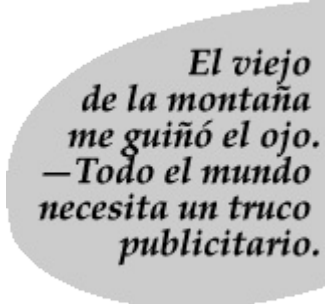
Para seros sincero, ya empezaba a hartarme de escribir estas lecciones en la arena. También empezaba a dudar un poco de que valiera la pena seguir escuchando al viejo sabio de la montaña. Era hora de irme.

—Una última cosa —dije—. ¿Por qué los mangos?

El viejo de la montaña me guiñó el ojo.

—Todo el mundo necesita un truco publicitario —me contestó—. Conozco un tío que vende fruta y me trae un cesto cada semana. Viene en su Peugeot por una carretera que hay detrás de la montaña para que no lo vean los del pueblo. Últimamente quiere que me pase a los melocotones; son más caros, pero más blanditos y vienen en lata, por lo que se conservan más tiempo.

Yo asentí e inicié el largo descenso al mundo habitado, con la sensación de que algo malo iba a pasar. Tenía razón: para ser un viejo decrepito, tenía bastante fuerza en los brazos: me lanzó unos cuantos melocotones a la cabeza. En parte comprendo su hostilidad (a nadie le gusta que le retuerzan la pierna), pero deseé que antes los hubiera sacado de la lata.



*El viejo
de la montaña
me guiñó el ojo.
—Todo el mundo
necesita un truco
publicitario.*

Adendum

Ojalá fuera éste el final de la historia, pero desgraciadamente no lo es. Durante unos cuantos años seguí dando tumbos por el mundo en busca de sabiduría. Cada vez me sentía menos entusiasmado hasta que por fin, un día, mientras me hallaba en plena tormenta en una barcaza en medio del Pacífico, pensé: «Ya estoy harto. Me vuelvo a casa: allí estaré calentito y podré ver la tele».

Así que me compré el billete de vuelta. Mientras mataba el tiempo en la librería del aeropuerto, me llamó la atención un libro en la estantería de *best sellers*. En la portada aparecía la foto de un hombre. «¡Un momento! —pensé—. Yo a esa cara la conozco».

Efectivamente, la conocía, aunque la última vez que la habla visto estaba mucho más colorada y sucia. El libro se titulaba *Díselo a la Montaña. Diez lecciones aprendidas durante mi camino de perfección*, y en la portada llevaba un adhesivo en forma de estrella con la frase: «Más de un millón de ejemplares vendidos». Al principio no quise abrirlo, pero finalmente me armé de valor. El primer capítulo empezaba con el siguiente epígrafe:

Si no tememos que nos arrojen frutos tropicales a la cabeza, veremos más claramente las riquezas que tenemos ante nuestras narices.

Cerré el libro y subí al avión. De camino a casa, memoricé la siguiente lección que no pienso olvidar ni escribir en la arena:

Si careces de sabiduría propia, leer libros de autoayuda no te servirá de nada, así que deberás escribirlos tú mismo.

2

Encuentra tu huevo

Como habéis visto, a nosotros, los gurús de las montañas no nos sirven de nada. De hecho no sirven a nadie, pero para los que somos vagos por naturaleza son especialmente inútiles. Aunque sean gurús de verdad (en vez de chalados sin afeitar que viven al aire libre), os costará tanto encontrarlos que, cuando lo consigáis, estaréis hartos y con ganas de iros a casa. Por suerte, yo sé una historia que nos enseña todo lo que necesitamos aprender.

Prestad atención. Se trata de una parábola simple que os llegará al corazón, os lo aseguro.

Además, incorpora elementos tradicionales de una cultura en vías de extinción, lo cual tengo entendido que está muy de moda. La cultura a la que me refiero es la de los pueblos indígenas del sur de África. Podéis llamarlos bosquimanos o «Xam», o podéis usar el nombre que ellos emplean aunque entonces ni vosotros ni yo podremos pronunciarlo, por lo que no sabremos de qué narices estamos hablando. Bueno, la cuestión es que no cabe duda de que son la raza más antigua de este viejo continente y, por lo tanto, saben un par de cosas de la vida.

Un día, durante un viaje en autobús, me senté al lado de un bosquimano: un viejecito muy arrugado que lucía una capa de piel de antílope como única vestimenta. Dicha indumentaria parecía tan precariamente sujeta a su cuerpo, que temía arrancársela al pasar a su lado para ir al aseo. Sin embargo, aparte de una vejiga a punto de estallar, el viejecito arrugado me dejó un regalo muy valioso: una fábula que ya he compartido con muchas personas. Ellos la encontraron útil y espero que vosotros también.



*Incorpora
elementos
tradicionales
de una cultura
en vías de
extinción, lo
cual tengo
entendido que
está muy de
moda.*

La historia del huevo

Hace muchas, muchas lunas, cuando los animales todavía reinaban sobre la Tierra y los humanos merodeaban por las montañas, había un joven llamado Xam Pu. (Así se llamaba. Os lo juro. Pero si os distrae podemos llamarlo Xam).

Xam era joven pero muy buen cazador. Era capaz de seguir el rastro de un avestruz por una llanura pedregosa con los ojos vendados con el taparrabos (cosa que siempre impresionaba a las chicas) y era muy hábil con la cerbatana. Por las noches solía jadear y resoplar en la cama y, cuando su madre le preguntaba: «¿Qué haces?», él contestaba: «Estoy practicando el arte de la cerbatana». Ella siempre le respondía: «Muy bien, pero pon las manos donde yo las vea».

Xam soñaba con cazar un elefante del desierto, pues creía firmemente que un joven cazador sólo llegaba a ser un hombre de verdad cuando lograba seguir el rastro de aquel poderoso animal y conseguía matarlo.

¿Te suena esta historia? ¿Sueñas tú con cazar el elefante del desierto? ¿Jadeas y resoplas en la cama? Por supuesto, tu elefante del desierto quizá no sea un elefante de verdad. A estas alturas creo que podemos revelar, sin temor a estropear el final de la historia, que el elefante del desierto es una metáfora. Quizá no vivas cerca de un desierto. Quizá tu elefante sea un prestigioso coche alemán. O tal vez se trate del éxito, la fama y la admiración de tus compañeros. O quizá sea la señorita Gómez, tu profesora de historia en quinto. Hay tantos elefantes como tipos de queso. Bueno, seguramente aún más.

Un día, unos chicos un poco mayores se dirigieron a Xam: «Vamos a partir en busca del elefante del desierto y no volveremos hasta dentro de varios días con sus respectivas noches. Queremos que vengas con nosotros. Eres muy hábil con la cerbatana y, nunca se sabe, tal vez nos topemos con un avestruz y una llanura pedregosa, aunque, si no te importa preferiríamos que prescindieras del numerito del taparrabos».

Con el corazón henchido de alegría, Xam fue a pedirle permiso a su madre. Y su madre dijo: «Ni hablar».

Y Xam dijo: «De acuerdo, pero ¿puedo quedarme a dormir en la cabaña de mi amigo Par Ket?».

Y dijo su madre. «De acuerdo, pero si vuelves dentro de un mes arrastrando un elefante del desierto, vas a saber lo que es bueno».

Evidentemente Xam se juntó a los chicos un poco mayores y emprendió el viaje en busca del poderoso elefante del desierto. A pesar de que viajaban ligeros de equipaje como era común en esa época, cargaban con unos huevos de avestruz que habían vaciado y llenado de agua, y cerrándolos luego con un tapón de cuero. A medida que avanzaban por las amplias planicies, cada uno iba enterrando sus huevos de avestruz y dejando una señal en la arena.

¿Acaso es así tu vida? ¿Dejas atrás cosas importantes, tal vez incluso personas importantes, con la esperanza de volver a encontrarlas más adelante? (Le he dado muchas vueltas, pero aún no entiendo muy bien qué significan las señales en la analogía. Sin embargo, no podía dejar de mencionarlas porque, tal como veremos, son fundamentales para la historia).

Como había salido de casa precipitadamente, Xam sólo había tenido tiempo de llevarse una cáscara de huevo de avestruz: una enorme que enterró bajo un baobab.

Transcurrieron muchos días con sus respectivas noches, y los jóvenes siguieron avanzando por las ardientes arenas del desierto africano. Sólo se detuvieron cuando llegaron al mar, y aun así ya se había metido hasta las rodillas cuando uno de ellos sugirió que era hora de dar media vuelta.

Durante el viaje de regreso, vieron las huellas del poderoso elefante del desierto y se lanzaron en su búsqueda. Caminaron y caminaron siguiendo el rastro. Unos días más tarde, uno de los chicos un poco mayor carraspeó, le dio unos golpecitos en la espalda a Xam y le preguntó.

—Oye, ¿estás seguro de que vamos en la dirección correcta?

Todos se detuvieron y se miraron unos a otros.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Xam, un poco a la defensiva.

—¿Sabemos seguro qué parte de la huella del elefante del desierto es la de delante y qué parte es la de detrás?

Los otros chicos volvieron a mirarse y luego miraron a Xam. Éste examinó la huella.

—Bueno... —dijo lentamente y se calló porque no sabía qué decir.

—¿Habías visto antes la huella de un elefante del desierto? —

insistieron los chicos.

Xam, que hasta entonces había creído que alguno de los chicos los iba guiando, bajó la vista lentamente y la fijó en la arena.

—No exactamente...

A continuación se produjo una escena muy fea en la que hubo de todo: arañazos, patadas, mordiscos y hasta maldiciones. Cuando se acabó, iniciaron la larga marcha de regreso a casa.

—Podríamos seguir las huellas del elefante en la otra dirección — sugirió alguien en voz baja, aunque todo el mundo se alegró de que no lo repitiera.

¿Alguna vez te ha ocurrido algo parecido? ¿Has seguido a tu elefante hasta lo más profundo del desierto antes de descubrir que no sabías si ibas o venías? ¿Sí? Entonces habrás recibido una paliza de tus amigos... ¿No? Ah, bueno: eso significa que los has escogido bien.

Así pues, los chicos reanudaron la marcha por el desierto. Mientras atravesaban una llanura pedregosa, a Xam le pareció ver la huella de un avestruz del desierto. Alzó la mirada, y estuvo a punto de decir algo. Sin embargo, al darse cuenta de que los otros chicos lo fulminaban con la mirada, decidió callarse la boca.

De vez en cuando, uno de los chicos reconocía una pila de piedrecitas o una rama retorcida, excavaba en la arena para sacar el huevo que había enterrado y se bebía el agua o la compartía con un amigo. Sin embargo, nadie le ofrecía agua a Xam, quien vivía del líquido que obtenía al estrujar pequeños lagartos y escorpiones. No estaba mal, pero no era lo mismo que un huevo gigante lleno de agua. Además, sacarle jugo a un escorpión no tiene nada de divertido: no se retuercen tanto como los lagartos pero tienen bastante mal genio. En esos momentos recordó que su madre lo estaría esperando en la cueva y deseó no haberse marchado.

Entonces, cuando llegaban a la parte más tórrida y árida del desierto, se desató una gran tormenta de viento que lo cubrió todo con una gruesa capa de arena. Todas las señales quedaron ocultas y nadie fue capaz de encontrar sus huevos de avestruz.

Siguieron caminando bajo un sol cada día más abrasador hasta que una mañana Xam vislumbró las ramas enroscadas de un baobab: su baobab. Atravesó corriendo la arena caliente, se arrodilló bajo el árbol y comenzó a cavar hasta que encontró el huevo enorme que se había llevado de casa. Al levantarlo, notó que pesaba menos que antes. Enseguida comprendió por qué., el tapón de cuero se había desprendido y toda el agua

se había derramado en la arena.

Supongo que esto también te habrá ocurrido a ti alguna vez. A mí me ocurrió. Seguro que en algún momento no has masticado lo suficiente tu trozo de cuero y, por culpa de ello, se te ha desprendido del huevo de avestruz en el peor momento. Pero espera: ésta es la parte más importante. Escucha y verás cómo Xam afrontó la situación.

*Se preguntaban:
«¿Por qué no
bebe del huevo
de avestruz?»
Hasta que uno
de ellos dijo:
—Quizá sabe algo
que nosotros no
sabemos.*

A pesar de sentirse desdichado por no haber hallado agua, Xam no quiso que sus compañeros se burlaran de él o lo agobiaran más, así que volvió a tapar el huevo con mucho cuidado y se lo llevó a donde estaban sus amigos. Todos lo miraron a la espera de que él se pusiera a beber el agua con actitud desafiante. Sin embargo, no lo hizo. Simplemente se lo puso bajo el brazo y, sin decir ni pío, reanudó la

marcha con el resto.

A medida que caminaban, los otros lo vigilaban por el rabillo del ojo, esperando que echara un trago del huevo. Pero se equivocaban. De vez en cuando se pasaba el huevo de un brazo al otro, como si le pesara bastante, pero seguía sin beber ni decir nada.

Los otros estaban perplejos. Se preguntaban: «¿Por qué no bebe del huevo de avestruz?». Hasta que uno de ellos dijo:

—Quizá sabe algo que nosotros no sabemos. Tal vez sabe que estamos muy lejos de casa y que necesitará el huevo más adelante para sobrevivir en el viaje de regreso por este desierto.

Otro aventuró:

—Quizás está siendo noble, puede que no quiera beber mientras nosotros pasamos sed.

Otro añadió.

—Quizás está esperando a compartir el agua con nosotros cuando la necesitemos más...

Y todos pensaban:

«Quizá me dé agua si lo trato bien. ¡Quiero agua!».

Así que todos empezaron a comportarse de manera distinta: volvieron a hablarle, compartieron con él sus trocitos de carne de antílope seca y le ayudaron a cazar lagartos y escorpiones para extraerles el jugo. Uno de los chicos mayores incluso le ofreció: «Cuando lleguemos a casa, ¿te gustaría salir con mi hermana? Es más joven de lo que parece».

Todos se ofrecían a llevarle el huevo de avestruz, pero Xam, por muy mal rastreador de elefantes que fuera, no era tonto y siempre declinaba muy educadamente. Y claro, cuanto menos hablaba, más convencidos

estaban los demás de que guardaba un gran secreto.

Al llegar a casa, el resto de la comunidad enseguida reparó en que los chicos un poco mayores estaban pendientes de todo lo que hacía o decía Xam. Observaron que siempre compartían la comida con él, y se ofrecían para barrerle las piedrecitas y ramas que había en el suelo antes de acostarse.

Notaron esto y muchos otros detalles, con lo cual su respeto por Xam fue en aumento. Con el paso del tiempo, Xam se convirtió en el hombre más respetado y poderoso de la comunidad.

Así, Xam vivió feliz y comió perdiz (bueno, avestruz) hasta el día de su muerte.

Así pues, ¿qué lección podemos extraer de la fábula de Xam y el huevo de avestruz? La respuesta es que esta historia no contiene una sola lección, sino todos los secretos de la vida. ¿Por qué? Pues porque demuestra que no es necesario que caces tu elefante del desierto para tener éxito en la vida. No tienes por qué ganar la maratón, ni encontrar a Moby Dick ni acostarte con Jennifer López (que puede estar muy buena pero a lo mejor en la cama no vale un pimiento). La verdad es que no es preciso que consigas nada en la vida: sólo tienes que saber fingirlo.

Nosotros sólo hemos de aceptar ese vacío y dar a los demás la oportunidad de llenarlo mentalmente.

Dentro de todos nosotros se halla nuestro yo verdadero, un yo que está vacío como la cáscara de huevo de la historia. Nosotros sólo hemos de aceptar ese vacío y dar a los demás la oportunidad de llenarlo mentalmente. Los demás, no lo olvidéis, son mucho más inseguros que nosotros. Ellos rellenarán el hueco, y si lo hacen, no importará lo bien o mal que hagáis las cosas. En conclusión, amigos, esto es lo que todos debemos

hacer: encontrar nuestro huevo interior.

3

Encuentra tu pareja

El huevo interior puede ayudarnos en muchas situaciones. Tomemos el amor, por ejemplo. O esa sensación de calorcito y picor que llamamos amor delante de nuestras parejas. Todo el mundo busca amor, o como mínimo algo que alivie esa comezón. Tal como dice la canción, el amor es una cosa maravillosa.

(No como el *whisky*, que es una maravilla de cosa. De todos modos el amor es mejor que el *whisky* porque... eh, un momento, lo había anotado en algún sitio... Ah, sí... porque con el *whisky* a veces puedes quedarte sin hielo, y entonces tienes que ir a pedírselo al vecino. También ocurre a menudo que, mientras disfrutas de tu copa, te olvidas de qué hora es porque pierdes la noción del tiempo, así que sin querer lo despiertas y entonces el tío te grita y te recuerda que le devuelvas el suplemento dominical que le robaste del buzón el otro día y al final tú le contestas que le vas a quemar la casa —porque el *whisky* siempre te envalentona— y, sin saber cómo, la situación se descontrola. El amor no provoca nada semejante. Bueno, quizás algo semejante, pero casi nunca acabas a gritos con el vecino, a no ser que estés haciendo el amor de forma demasiado entusiasta mientras él está tratando de ver el concurso de *Miss Universo* por la tele).

A lo que íbamos: el amor es bueno. Todo el mundo habla bien del tema, especialmente Shakespeare, a quien al parecer le gustaba bastante. Según él, el amor es una roja, roja, rosa. O quizás eso lo escribió otro, no estoy seguro. Sea como fuere, está claro que el amor puede ser muy beneficioso, ya que él nos mueve a rechazar esa última copa antes de conducir, nos obliga a lavarnos los dientes antes de acostarnos, o nos disuade de hacer el payaso en las cenas del trabajo.

Además, según los expertos, el sentimiento amoroso ayuda a reducir el nivel de colesterol.

(Según mi experiencia, ello se debe a que mis seres queridos no me dejan desayunar huevos fritos con tocino pero, bueno, si lo dicen los expertos...).

No se puede negar que el amor también tiene efectos perjudiciales, puesto que ha inspirado muchos de los discos de Céline Dion y la mayoría de las declaraciones de

Michael Jackson, y es responsable de la existencia de los abogados especializados en divorcios, de las tartas de bodas de seis pisos y del día de San Valentín. Pero no nos detengamos en lo negativo.

El amor nos disuade de hacer el payaso en las cenas de trabajo.

Lo más difícil del amor es encontrar a alguien que te deje darle un revolcón y susurrarle tonterías al oído. Éste ha sido el problema de los seres humanos durante siglos. Para las mujeres siempre ha sido difícil, ya que a lo largo de la historia han tenido que gritar socorro en torreones medievales, pasar miedo en cuevas de dragones o desnudarse en tugurios de mala muerte a la espera de que los rescatara un caballero andante o un acaudalado ejecutivo japonés.

Sin embargo, también resulta complicado para los hombres, sobre todo para los que —como yo y seguramente como vosotros— no somos caballeros andantes ni acaudalados ejecutivos japoneses.

(Confieso que este capítulo está dedicado en su mayor parte a todos los hombres del mundo, aunque las mujeres también podéis leerlo. Si no lo hacéis, es decir, si os lo saltáis y pasáis a la siguiente sección, acabaréis el libro antes que vuestra pareja, que, con un poco de suerte, en estos momentos está acostado a vuestro lado leyendo su propio ejemplar. Este libro ha sido diseñado cuidadosamente para ser terminado simultáneamente —ya que me parece más íntimo—, pero si os empeñáis en seguir la ruta independiente, os ruego tan sólo que no le estropeéis al pobre hombre la sorpresa final).

En lo que respecta al tema de buscar pareja, las recomendaciones han sido muchas y muy variadas a lo largo de la historia.

—Consíguete un buen garrote, unas pieles como Dios manda y vete de una vez por todas de la cueva de tus padres —le dijeron al hombre australopiteco.

—Consíguete un feudo y una aldea llena de leales vasallos con cuyas novias puedas acostarte en su noche de bodas —le dijeron al hombre medieval. (Por cierto, siempre he soñado con una loción para después del afeitado que se llame Droit de Seigneur [«Derecho de Pernada», pero no lo divulgues]. ¿Por qué no se ha fabricado aún?).

—Consíguete un trabajo, un coche y un traje azul marino —le dijeron al hombre de los años cincuenta.

—Consíguete una melena y unas drogas —le dijeron al hombre de los años sesenta. (De hecho, lo de las drogas vale para cualquier época desde entonces hasta el presente).

—Consíguete un poco de ritmo en el cuerpo, unos collares llamativos, una barba y patillas, y una camisa de un tejido sintético altamente inflamable —le dijeron al hombre de los setenta—. Ah, y no te olvides de las drogas.

—Consíguete un fax, un teléfono inalámbrico, una suscripción al gimnasio, un trabajo que resulte imposible de explicar, un coche por encima de tus posibilidades y, por supuesto, las drogas de rigor —le dijeron al hombre de los ochenta. (Lo del «coche por encima de tus posibilidades» también sirve desde entonces hasta el

presente).

—Consíguete una suscripción a una revista femenina, tu propio reflexólogo, un profesor particular de gimnasia, una gama de cosméticos para hombres, un trabajo con el que te sientas realizado, una afición para dar rienda suelta a tu creatividad, un móvil que no debas contestar si no te apetece, la capacidad de cocinar al menos tres platos que no sean tostadas o huevos fritos, un corte de pelo perfecto y un camello que haga entregas a domicilio —le dijeron al hombre de los noventa.

Habréis observado que la lista de requisitos se ha ido incrementando con el paso de los años. Y eso no se debe a que las mujeres se hayan vuelto mucho más exigentes, ya que si os fijáis en los tipos impresentables y repugnantes que se ven del brazo de chicas despampanantes, compartiréis mi sospecha de que las mujeres apenas les piden nada a esos hombres que seleccionan de manera inexplicable. No, la lista de demandas ha aumentado porque ésas son las exigencias que nos estamos haciendo nosotros mismos. Increíble, pero cierto.

Fuimos nosotros los que empezamos a decir: «Sí, cariño, tienes razón. Es verdad que somos seres simples y superficiales. Es cierto que tenemos que añadir color a nuestro vestuario y profundidad a nuestra vida para poder así adorar a la diosa que hay en ti. ¡Mírame: cocino platos que incluyen la palabra “balsámico” en su nombre, y al mismo tiempo gano un buen sueldo, e incluso voy al gimnasio para no tener barriga! ¡Compruébalo, si hasta puedo explicarte lo que es el feng-shui, e incluso pronunciarlo correctamente (creo)! ¡Ámame! ¿No ves que hasta puedo opinar sobre decoración? Por favor, ¿me prestas *Conversaciones con Dios* cuando termines de leerlo?».

Y las mujeres pensaron: «Por Dios». Porque no imaginaban que nosotros nos tragáramos esas pamplinas. Ni siquiera ellas mismas las creen. Sin embargo, ante tal oferta de desarme unilateral, no dudaron y respondieron al unísono: «¡Perfecto!».

De no haber contestado eso, habrían sido tontas. Y desde luego, las mujeres pueden ser muchas cosas, pero no tontas. Es como si los rusos hubieran llamado a Reagan en los años ochenta y le hubiesen dicho: «Camarada, lo hemos pensado mejor y hemos decidido que mantener estas armas y misiles nucleares representa demasiado esfuerzo, así que vamos a desmantelarlas y tirarlas al mar. A no ser que vosotros las queráis. ¿Os va bien que os las enviemos por correo? Así podréis añadirlas a vuestro arsenal. Incluso pagaremos el franqueo. Ah, y de paso, también dejaremos de beber vodka. ¿Qué os parece?».

Resulta improbable que Reagan respondiera: «No, tranquis. Echaría de menos el tener otra superpotencia por aquí. Además, hay muchas partes de nuestra relación que no hemos explorado. Hace tiempo que queríamos probar la guerra biológica».

O sea, que no es de extrañar que ellas aceptaran nuestra oferta, pero el resultado ha sido fatal para nosotros. Porque, ¡sorpresa!, la cosa no funciona. O al menos no para los hombres. Mejorar es demasiado esfuerzo, sobre todo cuando cada cromosoma Y te está recordando: «¡Esto no es una mejora! ¡Eras (un hombre) mejor cuando usabas aceite de oliva en aerosol! ¡Eras (un hombre) muchísimo mejor

cuando creías que el *sushi* era un dibujo animado japonés!».

¡Eras (un hombre) muchísimo mejor cuando creías que el *sushi* era un dibujo animado japonés!

Representa demasiado esfuerzo, y para colmo suele salirte mal, con lo que acabas sintiéndote fracasado y tu vida sexual se resiente. Y aunque te salga bien, las recompensas apenas valen la pena. Los hombres nos deprimimos y nos sentimos poco hombres y acabamos sublimando nuestros deseos haciendo otras cosas que acaban siendo menos atractivas aún. Por ejemplo, en vez de pasarnos el domingo viendo fútbol, nos lo pasamos viendo carreras de Fórmula 1 y fingiendo que nos interesan.

En vez de admitir: «No quiero hablar de nuestra relación», decimos: «Me encantaría hablar de nuestra relación, pero según mis biorritmos en estos momentos estoy en una fase muy emotiva y no quisiera estropear este instante tan positivo con una rabieta que me lleve a salir dando un portazo y, quién sabe, tal vez acabar en un bar viendo *striptease* y bebiendo como un cosaco».

Y las mujeres tampoco están satisfechas. ¿Por qué? Pues porque, por alguna extraña razón, a las mujeres les gustan los hombres. Durante siglos les hemos gustado tal como somos. No, yo tampoco lo entiendo. Es uno de esos misterios de la vida, como el funcionamiento del mando a distancia o el hecho de que los semáforos cambien todos al mismo tiempo: hay que aceptarlos como un acto de fe. Si nos paramos a cuestionarlos se produce el caos. Y eso es exactamente lo que hemos hecho: cuestionarlos, intentar mejorar. (Lo cual me devuelve a mi tesis: no intentéis mejorar. No vale la pena).

Ahora que no sabemos los hombres que las mujeres habían aprendido a amar con resentimiento y a resentir con amor, ellas se encuentran tan confusas y apáticas como nosotros. Para las pobres es aún peor, porque ellas finalmente han conseguido lo que querían y, ¡horror!, han descubierto que NO ES LO QUE QUERÍAN. Ahora mismo están pensando: «¿De verdad, en lo más profundo de mi ser, quiero compartir mi vida con alguien a quien le interesa el romance entre Ally McBeal y el personaje de Robert Downey Jr.? ¿Acaso no prefería pasar la noche con el propio Robert Downey Jr.? Sé que se droga y no está mucho en casa, pero no sé por qué, me resulta de lo más atractivo».

Por eso mi consejo para los hombres del nuevo milenio es sencillo y minimalista como un mueble escandinavo (una analogía que por desgracia comprenderán perfectamente la mayoría de los hombres del nuevo milenio). Mi consejo es: busca tu huevo interior.

Lo repito: busca tu huevo interior.

Bueno, vale. Sé que acabas de empezar y quizá necesites más explicación. ¿Recuerdas a Xam y su huevo de avestruz? ¿Te acuerdas de cómo lo conservó y todos se preguntaron cuál era su secreto? Si el huevo de avestruz hubiese estado lleno de agua, y Xam se la hubiese bebido, o compartido, o dudado de qué hacer con ella, no se habría convertido en el hombre más poderoso de la tribu. Un secreto sólo tiene fuerza cuando es secreto.

Si cuidamos de ese huevo de avestruz que todos llevamos dentro, si lo protegemos y nos negamos en redondo a explorar su interior, los demás empezarán a imaginarse su contenido. Las mujeres, especialmente, prefieren sus propias imágenes de quienes somos. (Con razón, ya que lo que ellas se imaginan es infinitamente más interesante y atractivo que nuestra identidad real).

Escuchad, pues, mis palabras: en vez de intentar mejorar, cosechad los beneficios de dejar que los demás hagan esas mejoras. Cultivad la mirada cómplice, la sonrisa misteriosa y el ceño fruncido de forma repentina, como si recordarais palabras oídas hace mucho tiempo de boca de alguien totalmente distinto. Mientras no os quedéis con cara de bobos, y mientras no os riáis de todas sus gracias, poco a poco ellas intuirán profundidades y dimensiones en vuestro carácter que jamás habríais imaginado (y no digamos conseguido mediante un programa chapucero de automejora).

En vez de intentar mejorar, cosechad los beneficios de dejar que los demás hagan esas mejoras.

Os voy a contar una anécdota para ilustrar los peligros de hablar demasiado. Mi amigo Chunko es un optimista empedernido en el tema de mujeres y, lo que es peor, debo admitir que tiene iniciativa. Se pasa gran parte de su tiempo en tiendas y jugando a los bolos a la espera de conocer chicas. (¿Por qué jugando a los bolos, os preguntaréis? No tengo ni idea. He dicho que Chunko tenía iniciativa, no inteligencia).

El año pasado se pasó horas y más horas en la librería del barrio, sin ningún resultado. «Las mujeres no frecuentan la sección de pesca deportiva —refunfuñaba—. Y si te quedas en la sección de manuales de autoayuda, sólo conoces al tipo de mujer que lee manuales de autoayuda».

Su última idea fueron los supermercados. Yo me burlé, pero él me ofreció un argumento muy convincente: «Si me acompañas, luego te invito a otra copa». Así pues, un sábado por la mañana atacamos el súper del barrio.

—Lo que tenemos que hacer es perfeccionar nuestra técnica de conquista —declaró Chunko.

Yo me aposté en la sección de alimentos frescos, pensando que las frutas y verduras podían dar mucho pie para ligar. Enseguida apareció la primera candidata, una chica de aspecto presentable y pelo limpio. Mientras yo pululaba por allí, ella cogió una papaya y me dio la impresión de que me sonreía. Yo le di gracias al Señor: las papayas son un tema ideal para iniciar una conversación con una chica.

Me acerqué un poco y solté:

—Son propias de los países tropicales, pero en domesticidad también viven en climas templados y aprenden a repetir palabras y frases enteras.

La chica me miró a la cara y su sonrisa se desvaneció.

—Creo que se equivoca —replicó—. Me parece que ha intentado ligar conmigo hablando de la papaya, un fruto tropical de forma generalmente oblonga y pulpa amarilla y dulce. Sin embargo, usted se ha referido al papagayo, un ave del orden de las psitaciformes, pico fuerte y curvo, plumaje amarillento en la cabeza y verde en el

cuerpo.

¿Cómo reaccionar ante semejante respuesta? ¿Creéis que debería haber sonreído misteriosamente y haberme alejado con disimulo, sin dejar claro si estaba o no hablando de papayas? O debería haber tartamudeado algo como: «¿Ah, sí? No sabía yo que los papagayos tuvieran el plumaje amarillento en la cabeza... Qué interesante». Os dejo adivinar por qué opción me decanté. Yo sólo soy el autor de este libro: no alguien capaz de seguir todas sus enseñanzas.

Mi único consuelo —consuelo de tontos, lo sé— es que en la sección de alimentos congelados, a Chunko tampoco le iban muy bien las cosas. Mientras revoloteaba junto a las croquetas congeladas, se fijó en una mujer con un vestido un poco escotado. Cuando ella iba a coger una bandeja de muslos de pollo, él se las apañó para que sus manos toparan.

La mujer retiró la suya rápidamente.

—Esto... —dijo Chunko— yo...

Ella se apiadó de él y le ofreció una escapatoria:

—¿Quiere usted los muslos?

Chunko sonrió de oreja a oreja. A mí se me heló la sangre, pero no pude hacer nada. Cuando Chunko quiere decir algo, no hay quien lo calle.

—No, gracias —contestó, mirándole el escote y guiñándole el ojo—. Prefiero las pechugas.

Conservar la pareja

Ahora que lo pienso, esta anécdota no resulta muy esclarecedora. Bueno, qué más da. De todos modos, si me haces caso y sigues mi consejo, descubrirás que en poco tiempo habrás cazado a tu pareja. Pero no te duermas en los laureles, hermano. Más difícil que conseguirla es conservarla. Busca en tu interior, palpa la suave superficie de tu huevo, dale unos toquecitos y oye cómo suena a hueco.

Mi primer consejo es que esperes un poco para llevar a casa a tu última conquista (aunque sin pasarte, porque si no acabará imaginándose que guardas mujeres desmembradas en el congelador. O peor aún, una esposa). Y cuando finalmente la invites, asegúrate de que todo está limpio y ordenado. Si insistes en tener elementos decorativos, es importante que sean enigmáticos, como una colección de mariposas o un lagarto disecado, o misteriosamente impersonales, como un tablero de ajedrez con piezas de marfil tallado.

No te olvides de esconder tu maravillosa colección de latas de cerveza de todo el mundo, o ese póster tan gracioso con todas las posturas sexuales, o la Playstation con sus respectivos cartuchos de juegos. Lo mismo digo de cualquier foto de ti y tus amigos sacada en:

- a. un estadio de fútbol;
- b. una despedida de soltero, especialmente si debes explicar que eres «el que lleva el cubo de basura en la cabeza»;
- c. cualquier circunstancia en que luzcas pantalones cortos (sea partido de fútbol, excursión a la montaña o la playa). A no ser que tengas la copa de la Champions en la mano, evita cualquier imagen tuya en la que muestres las piernas.

Por el contrario, siempre resulta aceptable dejar en lugar visible tu foto enmarcada recibiendo un Oscar o el Nobel de la Paz, sobre todo si está un poco escorada hacia la pared en señal de modestia y si luego respondes a las preguntas de ella con un gesto de indiferencia y una sonrisa de confusión en los labios. Pero, ojo, esto sólo sirve si has ganado un Oscar o un Nobel de verdad (nada de esas estatuillas de plástico que regala la gente «Al más juerguista» o «Al mejor eructo»). Además, el silencio y el misterio siempre son atractivos. Yo aún diría más: la gente atractiva siempre es silenciosa. Pensad en hombres silenciosos: Clint Eastwood, Batman, o aquel malo de James Bond con los dientes de

acero. Ahora piensa en los que hablan por los codos: Woody Allen, el cerdito *Porky*, o ese pesado de la oficina que se pasa el día explicando cómo la última entrega de *La Guerra de las Galaxias* explorará el paso de Darth Vader al lado oscuro. Está claro, ¿no?

Sé listo. Cuando ella te pregunte «¿En qué estás pensando?» (cosa que sin duda hará), considera tu respuesta con cuidado.

No digas: «En ti», porque es patético y no tiene ni pizca de misterio.

No digas tampoco: «En lo mucho que te quiero», porque además de ser mentira, desperdiciarás una de las últimas cartas que te quedan por jugar. Un día la necesitarás para salir de algún apuro, y entonces te alegrarás de haberla reservado.

Podrías decir: «Pensaba en lo mucho que me apetece arrancarte la ropa con los dientes y retozar contigo sobre la alfombra». Pero cuidado con lo que deseas.

Tampoco te recomiendo que seas sincero. «En la hora del partido del sábado» o «En ese ruidito que hace el motor cuando voy a más de ciento veinte» son respuestas que revelan demasiado. No te arriesgues ni des demasiadas pistas. Mira por la ventana y suelta algo así como: «Y pensar que a Mozart/Einstein/Indira Gandhi los iluminó la misma luna...».

Alto. No pienses que va a creerte. Ella sabe perfectamente que no estás pensando en el tiempo, el espacio y los misterios del universo, pero eso es lo de menos. A ver si te queda claro: ella no quiere saber lo que estás pensando. Lo que desea es una hoja en blanco donde poder dibujar al hombre de sus sueños. Así pues, amigos, cantad conmigo: «Aceptemos nuestro huevo interior».

*A no ser
que tengas
la copa de la
Champions en
la mano, evita
cualquier imagen
tuya en la que
muestras
las piernas.*

4

Encuentra tu maya interior

A estas alturas creo que empieza a quedar clara la idea de los huevos de avestruz interiores. Cuesta un poco pillarle el truco, pero cuando lo tengáis dominado, tendréis el mundo a vuestros pies. No obstante, andaos con cuidado: el peligro acecha. Hay mucha gente que no sabe aceptar el concepto del huevo/hueco interior. Lo temen tanto que no cesarán hasta rellenarlo, sin importarles con qué.

Sed cautelosos, colegas. Si os confiáis demasiado, a la primera de cambio os pueden rellenar el huevo con todo tipo de porquerías. ¿A qué me refiero? No seáis tontos: está claro a qué me refiero. Basta con ir a la librería de la esquina y echar un vistazo a lo que se ofrece. Por todas partes hay nuevos temas con que llenar nuestro vacío interior. Adonde mires verás un recién descubierto río de sabiduría esperando penetrar en ti, siempre que lo permitas.

Cada temporada sale algo nuevo. Lo último ha sido el feng-shui, que es la cosa más absurda del mundo. Para los que no lo sepan, resulta que la última moda en Occidente es una serie de libros minúsculos y mal editados que nos enseñan a colocar el mobiliario del mismo modo que lo hacen en China. Por favor.

Por todas partes la gente se dedica a colgar espejos en el recibidor, o a descolgarlos, ya no me acuerdo. Sé de una mujer que cubría las esquinas de la mesa del comedor con plastilina para (juro que no me lo invento) «redondearlas, lo cual permite que la energía fluya libremente por la casa». Señora, si realmente hubiera energía fluyendo libremente por la casa, lo que necesitaría es un electricista, un exorcista o un pararrayos.

¿Y quién dice que los orientales sean expertos en conseguir el éxito a través de la decoración? Dudo mucho que el Ministerio de Defensa japonés empleara el feng-shui cuando a sus generales se les ocurrió la genial idea de Pearl Harbor.

Y en cuanto a los chinos, ¿os imagináis al presidente Mao colocando simétricamente los adornos y puntos de luz antes de apuntar ideas en su libretita roja? A ver...

1. Mandar a los intelectuales a trabajar en los arrozales.
2. De paso, darles una buena paliza.
3. Colgar carteles con mi cara.
4. Comprobar si el sofá está perpendicular a la pared. ¿O tenía que quedar paralelo? Ya no me acuerdo.
5. Sacar a un intelectual de los arrozales para que escriba las reglas de colocar sofás, así no me olvidaré la próxima vez.
6. Pegarle un tiro al intelectual para que nadie más, aparte de mí, sepa las reglas de colocar sofás.


Además, aquí las cosas son diferentes. Lo que funciona perfectamente en una pagoda japonesa, por ejemplo, puede que no resulte tan bien en una casa occidental. Hazme caso, no se te ocurra construir tu casa como una pagoda japonesa. ¿Has visto las dimensiones que tienen? Te pasarás la vida pegándote contra el marco de las puertas, apoyándote en las paredes y cayéndote fuera porque están hechas de papel. Para colmo, en el mobiliario japonés falta mi mueble favorito: la butaca con respaldo reclinable, apoyapiés graduable y receptáculo para cerveza en el apoyabrazos.

Deberíamos haber aprendido la lección después de la moda del bonsái, pero no. Y ya que hablamos de Oriente, la próxima persona que me mire con mala cara cuando rechazo los palillos en un restaurante chino, se va a enterar de quién soy yo. Sólo pienso decirlo una vez: la razón por la cual en Occidente comemos con tenedor es que hace siglos descubrimos que cuatro puntas afiladas resultan más eficaces para manipular la comida que dos palos romos. Cuando elijo el tenedor no estoy siendo cerrado, sino que me limito a aprovechar los avances tecnológicos, maldita sea.

Sin embargo, el feng-shui no es el único relleno de huevo: hay muchísimos más. El otro día, sin ir más lejos, encontré otro. Estaba curioseando en la librería del barrio —quizá la misma donde comprasteis este libro— cuando se me acercó una joven con un libro de la sección Novedades editoriales.

—¿Ha leído esto? —me preguntó, seductora—. Le cambiará la vida. Aquí tiene toda la sabiduría perdida de los antiguos mayas.

El libro se titulaba *Las Profecías del Aguacate* o *Pisadas de Tucán* o algo por el estilo. Me quedé sin palabras y le lancé una mirada asesina mientras negaba con la cabeza, porque si hay algo que no soporto es la moda del perdedor.



La próxima persona que me mire con mala cara cuando rechazo los palillos en un restaurante chino se va a enterar de quién soy yo.

Moda del perdedor

Yo llamo «la moda del perdedor» a la reciente obsesión de admirar a los perdedores de la historia. Hoy en día la gente ensalza cualquier mezcolanza de creencias, siempre y cuando provengan de los incas, o los etruscos, o cualquier cultura que haya desaparecido de la faz de la Tierra sin apenas dejar rastro. No lo entiendo.

Sea cual fuere el encanto misterioso de estos pueblos, la verdad pura y dura es que perdieron la partida. No cabe duda; en la gran partida de la historia, sacaron la carta más baja.

A ver, decidme, aparte del uso de la cocaína y el sacrificio humano, ¿qué nos pueden enseñar los incas? ¿A ser conquistados por una cuadrilla de españoles barbudos? Si esas civilizaciones eran tan avanzadas, ¿por qué demonios se extinguieron? Construir pirámides en la selva está muy bien, pero mejor les habrían ido las cosas si hubieran descubierto la rueda, ¿o no?

(Soy consciente de que la historia da muchas vueltas y que un día cambiará nuestra suerte. Quién sabe, quizá la cultura occidental quedará eclipsada por el renacimiento de las comunidades de Burundi o Papúa Nueva Guinea. Me parece bien, pero al menos yo no espero que la eufórica población papú se ponga a escribir libros nostálgicos recordando que, a principios del siglo XXI, los pueblos occidentales inventaron los *reality shows* y adoraron a la diosa Christina Aguilera).

Sea cual fuere el encanto misterioso de estos pueblos, la verdad pura y dura es que perdieron la partida. En la gran partida de la historia sacaron la carta más baja.

Actualmente los perdedores *du jour* son los mayas. Uno no puede ni tomarse un cortado en el café-librería más próximo sin toparse con gente hojeando el último libro sobre la sabiduría de los antiguos y nobles mayas. ¡Oohh, pero qué listos eran y qué vida tan comunitaria llevaban! Qué edificios tan maravillosos construyeron y qué bien se les daba medir el tiempo. ¿Sabíais que fabricaron relojes de sol y descifraron los movimientos de las estrellas?

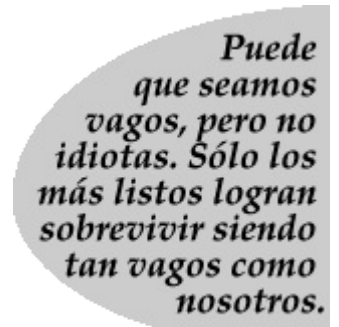
Pues claro que descifraron los movimientos de las estrellas. ¿Qué más podía hacer un pobre maya por la noche? ¿Ver la tele? ¿Leer un libro?

Los mayas están muy de moda últimamente porque predijeron que el fin del mundo llegaría el domingo 23 de diciembre de 2012, justamente el día que vence mi hipoteca. Pero no hablemos de mí. Después de la leve decepción que supuso el año

2000 y Nostradamus, y todo el rollo del nuevo milenio, los defensores de las teorías de conspiración iban como locos buscando otro nuevo apocalipsis.

Gracias a los mayas ya tenemos una nueva hecatombe: 2012, el Armagedón nuestro de cada día. Y si los mayas predijeron que el mundo se acabaría en 2012 —a pesar de que casi todo lo demás que hicieron fue un fracaso y su civilización fue devorada por la selva—, ¿quién soy yo para ponerlo en duda?

Ello significa que por todas partes nos atacan, animándonos a comprender la civilización maya o a encontrar nuestro maya interior. Haced oídos sordos, hijos míos, puesto que se trata de otro vil truco para llenar vuestro huevo. Peor aún, es una idiotez. Recordad: puede que seamos vagos, pero no idiotas. Sólo los más listos logran sobrevivir siendo tan vagos como nosotros.



Puede que seamos vagos, pero no idiotas. Sólo los más listos logran sobrevivir siendo tan vagos como nosotros.

Volvamos a la maravillosa civilización maya, si os parece. Observemos más de cerca ese modelo de sapiencia que tanto interés despierta. Los mayas, según dicen, gozaban de una vibrante cultura deportiva, similar a la nuestra. Hasta aquí todo perfecto. Eran muy aficionados a un juego de pelota cuyas reglas se han perdido, porque los mayas no sabían escribir en un idioma que nosotros comprendamos. Aunque me da en la nariz que tampoco eran muy amantes de las reglas.

En ciertas ocasiones especiales la ciudad entera se reunía a ver el partido. Una vez finalizado, el equipo ganador recibía un masaje y unas hojas de coca, y el perdedor un cordial apretón de manos y la pena de muerte. De nuevo, los detalles de la ejecución no quedan muy claros, pero los datos existentes apuntan a que entre las recompensas del equipo ganador se hallaba el privilegio de consumir los corazones aún palpitantes de los perdedores. Desgraciadamente, la suerte de los entrenadores sigue siendo una incógnita.

Tampoco es para tanto, pensaréis vosotros. Quizá las cosas no irían tan mal si todo el mundo (sobre todo nuestros empresarios y deportistas) tuviese semejante incentivo para ganar. Tal vez tengáis razón, pero seguid leyendo, por favor.

Otra diversión maya muy espectacular eran los concursos para ver quién era capaz de beber más. Gracias al ingenio y a la visión de futuro que le ha hecho famoso, el pueblo maya logró solucionar el fastidioso problema de cómo seguir bebiendo cuando el cuerpo ya tenía bastante. En el momento en que el mecanismo del vómito se ponía en funcionamiento (señal de «es hora de dejar la fiesta» para la mayoría de los seres humanos, incluyendo a algunos parlamentarios), los mayas sacaban sus embudos de hoja de plátano y continuaban ingiriendo su trago favorito en forma de enema. (Supongo que de ahí viene la célebre frase: «Arriba, abajo, al centro y adentro»).

En definitiva, ¿qué conclusión sacamos de todos estos datos antropológicos? ¿A qué tipo de personas pretenden que imitemos? Yo os lo diré: a unos fanáticos del deporte con tendencias homicidas y un alcoholismo galopante. ¿Y sabéis qué? Pues que no hace falta remontarse a miles de años para encontrarlos; en la actualidad

existen comunidades enteras de «mayas». Se llaman residencias de estudiantes. Yo las viví en persona y me mareo sólo de pensarlo.

Permitidme que os dé otro dato sobre los mayas. Un día, tras miles de años de llamémosle civilización, decidieron levantar sus bártulos y abandonar sus ciudades. Así, sin más. Se zamparon el último corazón, recogieron sus embudos de hoja de plátano y se internaron en la selva para no volver jamás. Ha habido muchas teorías que intentan explicar este éxodo masivo. Una de ellas alude al desmoronamiento de la jerarquía religiosa y política, combinada con el temor a una invasión externa. Yo lo dudo mucho. En mi modesta opinión, no fue el miedo a ser conquistados lo que provocó la huida de los mayas. Lo que pasó es que simplemente se hartaron de ser mayas. Y la verdad es que no me extraña. No fue el enemigo externo el que destruyó su civilización, sino el «enemigo» interno.

Mi consejo a quienes buscan su maya interior es el siguiente: no os molestéis en hacerlo. Ya os encontrará él cuando necesite dinero.

Moda del disparate

No sólo los perdedores están de moda. Los fabricantes de manuales de autoayuda y sus asesores financieros siempre están conspirando para vendernos algo con que llenar nuestro hueco interior. Y como saben perfectamente que lo que nos venden es absurdo, no sólo no lo ocultan, sino que hacen de ello una virtud.

—Toda mujer es una diosa —me dijo hace poco una mujer, lanzándome una mirada altiva. (Supongo que intentaba parecer una diosa, aunque a mí, no sé por qué, me recordó más a una jirafa estreñida). La susodicha estaba leyendo un libro titulado *Mujeres que Aman Demasiado Corren con los Lobos*. Creo que el subtítulo era *Cómo dejar de ser codependiente y descubrir tu diosa interior*, pero no estoy seguro.

—Pero si toda mujer es una diosa —dije yo muy despacito para que me entendiera—, ¿qué significa exactamente ser una diosa? Cuando se usa para definir a todas las mujeres, la palabra pierde su significado. ¿Por qué no llamarse simplemente «mujeres»?

—Estás aplicando una lógica masculina a una experiencia intuitiva —replicó la diosa. La conversación empezaba a ser de besugos, pero decidí continuar.

—¿Y qué me dices de la capacidad de autosuperación? ¿Cabe esta posibilidad siendo diosas? Porque si no es así, ¿para qué leéis tantos manuales de autoayuda? —persistí, aunque ya empezaba a dolerme la cabeza—. ¿Hay diferentes niveles de divinidad? Por ejemplo, ¿hay diosas corrientes y mujeres que, como tú, sois diosas más avanzadas?

Ella me miró con desprecio.

—Está claro que eres incapaz de comprender el conocimiento no racional.

Al final lo dejé correr. Es imposible mantener una conversación con alguien así. Si Neale Donald Walsch hubiera escrito *Conversaciones con una diosa*, en lugar de su *best seller* *Conversaciones con Dios*, no habría vendido ni un solo ejemplar. El libro en sí habría sido igualmente malo, aunque todos sabemos que la base del éxito de los libros de autoayuda no es precisamente la calidad. (Al menos eso espero).

Mi teoría es que ciertas personas se recrean en el sinsentido de las cosas sin sentido. No sé si habéis leído un libro titulado *Todo lo que sé lo aprendí en el parvulario*. No os lo recomiendo. Un tal Robert Fulghum las profundas enseñanzas que podemos extraer del cuento de la ratita presumida (os lo juro).

El hombre no lo podía decir más claro: si sois el tipo de gente que lee manuales

de autoayuda, puedo contaros lo mismo que le contaría a un niño de cuatro años y os quedaréis tan contentos. La única diferencia entre vosotros y un niño de cuatro años es que vosotros os vais a gastar dinero en mi libro.

Y no me hagáis hablar de ese cabeza de chorlito, Deepak Chopra. Cuando oí el nombre de Deepak Chopra por primera vez, pensé que era un rapero de Los Ángeles. Sin embargo, después de leer uno de sus libros, descubrí que, comparada con Deepak Chopra, la obra de Tupac Shakur es un modelo de sensatez, responsabilidad y belleza lírica. No me gusta burlarme de mis colegas escritores, pero en este caso no pasa nada, porque Deepak Chopra no escribe: utiliza el lenguaje como instrumento de tortura.

Para muestra, un botón: «Ahora llegamos a una fase en la que el que busca se convierte en el que ve. Porque el que busca ha descubierto que lo que buscaba el que busca era al que busca, y habiendo encontrado al que busca, el que busca se torna el que ve».

Ni el más fanático Chopráfilo puede justificar algo así. Y no digamos lo siguiente: «La única diferencia entre tú y un árbol —nos informa con perspicacia— es el contenido informativo y energético de vuestros respectivos cuerpos».

Felicidades. Ésa es también la única diferencia entre yo, un árbol y George W. Bush. Pero ¿qué digo? No es la única diferencia. Un árbol tiene hojas, y raíces que absorben el agua de la tierra y un tronco para que orinen los perros. Y George W. Bush... Ahora que lo pienso, George W. Bush se parece bastante a un árbol. Ay, ya no sé qué digo. Cuando leo demasiado a Deepak, se me hinchan las meninges.

¿Comprendéis ahora la dificultad de escribir un libro que satirice los manuales de autoayuda? Cuando uno se mete en el género de la autoayuda, la línea entre lo satírico y lo real es finísima.

5

¿Quién se ha llevado mis llaves?

Supongo que en estos momentos te estarás preguntando: «¿Por qué se titula este libro *Yo me he llevado tu queso?*». Puede que incluso se lo estés preguntando a tu pareja, que con un poco de suerte, sigue en la cama contigo, leyendo su propio ejemplar del libro. Y puede que ella te conteste: «Ni idea. Yo no veo queso por ninguna parte. Además, ¿por qué iba alguien a llevárselo?».

La respuesta no es, como ya habrán sugerido algunos cínicos y escépticos, que este libro sea una maniobra barata para aprovecharnos de la popularidad de un reciente *best seller* del género de los manuales de autoayuda. En absoluto. La respuesta a tu pregunta te llegará en breve. Ten paciencia y deja que el Osmósix[©] te vaya haciendo efecto.

Mientras tanto, me gustaría ofrecerte unas palabras de consejo con respecto al tema de afrontar el cambio. Éste es el tema de moda en la actualidad, y yo comprendo que te preocupe. Si eres como yo —y si has leído hasta aquí, supongo que lo eres— el tipo de cambio que más te molesta es el que cada mañana te hace gritar como un energúmeno: «¿QUIÉN SE HA LLEVADO MIS LLAVES?».

Porque, seamos sinceros, los grandes cambios no nos afectan demasiado. Por ejemplo, ¿qué pasa si nuestra empresa, que antes se especializaba en la fabricación de yoyós, ahora se siente presionada por las fuerzas del mercado y se pone a fabricar sistemas antirrobo? Pues ¿qué va a pasar? O lo aceptamos, o dejamos de trabajar y nos quedamos en casa, empujando el codo o viendo la tele todo el día (no sé qué es peor), hasta que nos damos cuenta de que, en realidad, lo que siempre habíamos soñado era ser diseñador de moda o actor porno. Ése es nuestro destino y, a no ser que seamos unos zopencos incapaces de planear el futuro con más de cinco minutos de antelación, lo que nos digan los demás no nos va a servir de nada.

Sin embargo, no son los temas importantes los que provocan más estrés. Son los pequeños detalles, como salir por la mañana a toda prisa para evitar un atasco y descubrir —¡otra vez!— que alguien se ha llevado tus llaves. Hablo en serio: es algo

que pasa constantemente y nos afecta a todos. Por ejemplo, yo siempre dejo las llaves en un sitio donde resulten fáciles de encontrar, como el bolsillo de los pantalones que llevaba el día anterior, o entre los cojines del sofá, o (si he estado trabajando hasta tarde) en el congelador de la nevera, al lado de los cubitos. Y cada mañana, sin excepción, no las encuentro por ningún lado. ¡Alguien se ha llevado mis llaves!

Esto ya me causa estrés. Aunque el estrés sube varios puntos cuando mi pareja me suelta: «Te he dicho miles de veces que dejes las llaves en el gancho de las llaves. Así siempre sabrás dónde están». A lo que yo contesto: «No tengo gancho para las llaves. ¿Acaso lo has visto? No, ¿verdad? Porque no hay ninguno». Entonces ella me responde: «Pues deberías tenerlo. Mírame a mí: yo nunca pierdo las llaves».

Eso me hace perder aún más tiempo, porque ahora, además de encontrar mis propias llaves, tengo que buscar las de mi pareja disimuladamente y escondérselas en un sitio donde no las encuentre.

Por supuesto, es un plan condenado al fracaso. Las mujeres poseen un don innato del que los hombres carecen: el de encontrar objetos perdidos sin apenas esforzarse (igual que los perros-policía encuentran *maría* en las maletas de un aeropuerto internacional).

Y ni se os ocurra decirme que no me ahogue en un vaso de agua. Precisamente la preocupación por las nimiedades es lo que nos permite funcionar con normalidad. Si no nos deprimiésemos porque nuestro equipo ha perdido el partido del sábado, toda esa capacidad de depresión se quedaría flotando en el ambiente y seguramente acabaría vinculándose a un tema importante, como el efecto invernadero, la caza de ballenas o el éxito internacional de Eminem.

Por supuesto, las llaves no tienen por qué ser llaves. A veces se trata de un calcetín desaparejado, o mi encendedor, o esa lata de cerveza que guardo en el cajón de la verdura de la nevera, astutamente camuflada bajo aquella lechuga que está allí desde 1998, y que he reservado con ese solo propósito. No sé por qué, pero todas estas cosas también desaparecen continuamente.

No importa. Mi consejo es: aceptad esas pequeñas contrariedades. Las pequeñas contrariedades se pueden resolver y además nos libran de tener que pensar en temas importantes que nos pueden agobiar y deprimir y que nunca podremos solucionar solos.

Soy consciente de que la costumbre dicta que te transmita estos consejos en forma de fábula. Pongamos —y de nuevo quisiera subrayar que no estoy pensando en ningún manual de autoayuda en particular— que tenemos cuatro pequeños personajes que viven en un laberinto.

Dos de ellos son ratones porque los ratones viven en laberintos, y los otros dos son liliputienses, unos seres humanos del tamaño de ratones. Si te parece inverosímil, lo lamento. Los liliputienses y los ratones vivían muy felices al principio de esta fábula, porque todos sabían dónde encontrar queso en cantidad. ¡Ah, el queso!

Pero un día se despertaron y descubrieron que el queso ya no estaba. Los dos ratones, como eran ratones, se internaron en el laberinto en busca de Queso Nuevo (aunque yo sospecho que era el mismo queso de antes que alguien se había llevado de su sitio). Los dos liliputienses, al ser personas, supongo, se pusieron a despotricar y preguntarse qué le había sucedido a su queso.

Tal vez penséis que la moraleja de esta historia es: ¡afrontad el cambio, adaptaos a las nuevas circunstancias sin queso, internaos en el laberinto y buscad más queso! Nada de eso. Tal como ilustra la fábula, ésa es la reacción del ratón.

Decidme, hermanos: ¿nosotros qué somos? ¿Hombres o ratones? Aquí la única pregunta importante es: ¿Quién demonios se ha llevado mis llaves? (o en el caso de la parábola, el queso). Si resulta que hay un ladrón compulsivo de queso por ahí suelto, el tío —o la tía— no va a parar tan fácilmente. Una vez que se haya aficionado a llevarse el queso ajeno, el muy ladino volverá a las andadas una y otra vez si alguien no le para los pies. Y para colmo se reirá de nosotros a nuestras espaldas.

Si insistís en lanzaros a la busca de más queso, os arriesgáis a entrar en un círculo vicioso de sufrimiento. ¿Recordáis a Xam y su elefante del desierto? Pues el queso es como el elefante. Podríais pasaros meses siguiendo a ese queso del desierto y cuando lo hallaseis, no sabríais qué hacer con él. En resumen, que si no encontráis vuestro queso, pues a otra cosa mariposa. Buscad otro tema que podáis fingir que es importante: si hacéis ver que lo es, lo será. Lo importante no es el objetivo en sí, sino que seáis capaces de cumplirlo.

Recordad: es posible cambiar los objetivos y fabricar el éxito. Todo se puede fingir.

Pero volvamos a nuestra fábula. Tal como os decía, la reacción de los liliputienses fue la adecuada. Lo que hay que hacer es buscar a la persona que se ha llevado el queso. Una vez la hayáis encontrado, podéis atarla de pies y manos y torturarla con tenedorcitos para *fondue* hasta que os diga dónde lo ha metido. Otra posibilidad es obligarla a robar el queso de los ratones y traéroslo.

Por eso, cuando no encuentro mis llaves por la mañana y mi pareja me agobia diciendo que es culpa mía, una estrategia que siempre me resulta muy útil es ponerme hecho una furia y empezar a gritar: «¿Quién se ha llevado mis llaves? ¿Has sido tú?».

Si gritas un buen rato, al final ella se olvida de echarte la culpa y se pone manos a la obra. Tras un rápido vistazo localiza inmediatamente tus llaves en el fondo de la pecera, donde las dejaste ayer por la noche cuando llegaste a casa pensando que era un sitio donde se verían con facilidad desde cualquier punto del salón. Entonces ella las señala con el dedo y te suelta un comentario sarcástico:

«Pues sí, Darrel. ¡Yo me he llevado tus llaves!».

Me importa un bledo. Que sea todo lo sarcástica que le dé la gana. Al menos ha dejado de fastidiarme y, además, ¡he recuperado mis llaves!

Ahora que tengo mis llaves y un poco de

Lo que hay que hacer es buscar a la persona que se ha llevado el queso. Una vez la hayáis encontrado, podéis atarla de pies y manos y torturarla con tenedorcitos para fondue hasta que os diga dónde lo ha metido. Otra posibilidad es obligarla a robar el queso de los ratones y traérselo.

tiempo para pensar, me pregunto si mi analogía de los ratones ha sido útil, o si tan siquiera tiene algo que ver con lo que intentaba decir. En confianza, debo confesaros que no se me da muy bien este asunto de las analogías simplistas. Quien haya comprado este libro esperando obtener ayuda para afrontar la reconversión de su empresa de yoyós supongo que ahora mismo estará arrancando las páginas y usándolas como servilletas o papel

higiénico. Me lo imagino llamando a sus colegas reconvertidos y diciéndoles: «Eh, tíos, ¿habéis leído *Yo me he llevado tu queso?* ¿Ah, sí? ¿Por qué no vamos a casa de ese desgraciado y le damos una buena lección? Yo traigo las nudilleras y los bates de béisbol. ¿Qué os parece, muchachos? ¿Que por qué hablo como un gánster de película americana? Perdón, no me había dado cuenta».

Aunque obviamente ésta no será mi defensa si me ataca una jauría de ejecutivos en paro, mi opinión sobre el tema es muy sencilla: si me necesitáis a mi o a otra persona para que os cuente una historieta penosa con moralejas tan evidentes como «El cambio ocurre», «Adáptate al cambio con rapidez», «Si no te mueves con el cambio, te quedarás atrás», francamente, no merecáis el empleo que teníais. Y por el bien de la economía del país, tampoco deberían daros otro.

Mi consejo sobre cómo enfrentar el cambio es que cojas un tarro de cristal y lo pongas en un sitio bien visible de la cocina. Cada noche, cuando llegues a casa y hayas escondido tus llaves, coge las monedas de tu bolsillo y mete en el tarro las de mayor valor. Te recomiendo que te deshagas de las de menor valor dándoselas a los pobres o al cuidador de coches. Mi amigo Chunko guarda las monedas en un viejo calcetín de deporte que coloca debajo de la almohada y que usa como arma de autodefensa. (Lo necesita, porque su mujer aún no le ha perdonado que se fuera a ligar al supermercado del barrio).

Recordad: el cambio es inevitable, pero hay que controlarlo. Si no lo hacéis, os deformará la cartera y os creará un bulto muy feo en los pantalones.

6

Ser o no ser

Actualmente una gran fuente de preocupaciones para la gente joven que intenta abrirse camino en la vida es el bombardeo de consejos despreocupados que reciben por parte de todo el mundo: desde profesionales hasta amigos y parientes, tan bienintencionados como equivocados.

Los consejos de los demás son un poco como el banco de ejercicios abdominales que os comprasteis siguiendo un impulso irracional una madrugada en que combatíais el insomnio viendo la teletienda: algo que se guarda un tiempo sin prestarle demasiada atención y finalmente acaba regalándose. Eso es lo único que se puede hacer con un banco de ejercicios abdominales o con los consejos de la gente, ya que uno nunca los usa para sí mismo.

Y es que los malos consejos abundan. Un ejemplo claro son los miles de dichos y refranes de sabiduría popular que llevan empleándose durante siglos y siglos. Una generación no les hace ni caso, la siguiente los descubre e intenta pasárselos a la posterior, quien a su vez no les hace caso y así sucesivamente.

Son frases que nunca se cuestionan. Sin embargo, yo me pregunto por qué insistimos en declarar que una puntada a tiempo ahorra ciento cuando, según los estudios científicos más recientes, la media suele ser de cincuenta y dos. ¿Y qué padre con dos dedos de frente le cuenta a su hijo que en todas partes cuecen habas? Es la forma más rápida de cargarse el mito de la infalibilidad de los padres. Lo único que tiene que hacer el enano es echar un vistazo en casa de sus amigos, en el colegio o en el parque para descubrir que sus padres mienten como bellacos. Tal como sus abuelos les mintieron a ellos.

Las mentiras no acaban aquí. A no ser que esté borracho, quien ríe el último no ríe mejor, sino que normalmente para de reír en cuanto se da cuenta de que se está riendo solo y que todos lo miran con reprobación. Y la próxima vez que te digan que a quien madruga Dios lo ayuda, puedes contestarles que no te parece que a tus colegas de trabajo que llegan más temprano les vaya mucho mejor. A lo mejor Dios se ha hartado de verlos leer el diario. ¿Y a quién se le ocurrió la tontería de que la

lluvia en Sevilla es una pura maravilla? ¿Qué quieren decir? Todo el mundo sabe que en Sevilla hay muchas maravillas, como la Giralda y el Alcázar, pero que yo sepa, la poca lluvia que tienen es de lo más normalita. A menos que yo haya estado en los lugares equivocados.

Lo que quiero decir es que la gente suelta consejos a troche y moche sin ningún respeto por la verdad. ¿Cuántas veces os han dicho: «Ánimo. Ya verás como ahora las cosas irán a mejor»? Y se quedan tan satisfechos, cuando es evidente que os están mintiendo descaradamente. Todos sabemos que las desgracias nunca vienen solas y que las cosas seguramente irán a peor. Os lo digo yo: si se les da la ocasión, las cosas pueden empeorar más rápido que una película de James Cameron.

Otro consejo que me indigna es el famoso «Sé tú mismo». ¡Menuda barbaridad! La civilización y todas las normas básicas de convivencia humana se basan en el hecho de no ser nosotros mismos. ¿Es que no han leído *El Señor de las Moscas*? ¿No se han peleado nunca con alguien por un sitio para aparcar? Podemos usar trajes de Ermenegildo Zegna, pero en el fondo todos somos animales.

Dejando de lado el debate sobre la naturaleza humana, ser uno mismo es una ruta sembrada de peligros. La mayoría de nosotros, en el fondo, somos unos gallinas hipócritas, malhumorados y quejicas, con sentimientos contradictorios, escasos principios y ciertos gustos en música que nunca confesaríamos en público. ¿Por qué íbamos a querer ser esas personas? En un mundo de gente que parece mucho más interesante que nosotros, ¿por qué tenemos que insistir en ser nosotros mismos? Si ser tú mismo fuera tan fantástico, habría legiones intentando ser como tú.

Lo que realmente hace indigesto este consejo es que suele darse a la gente que ha demostrado claramente que ser ellos mismos era la peor decisión, dadas las circunstancias. Si tú le has pedido a una chica para salir y ella no sólo te ha rechazado de plano, sino que se ha esmerado en enumerar cada una de las razones por las que tu aspecto es tan lamentable, está claro que ser tú mismo no te servirá de nada.

Peor aún es la gente que dice: «Sé tú mismo», sin pararse a pensar a quién se lo dice. No me sorprendería nada que el joven Jeffrey Dahmer —el asesino en serie y coleccionista de piezas anatómicas— fuera a la escuela, preocupado por una serie de sueños extraños que estaba teniendo, y el maestro le soltara lo siguiente (mientras pensaba en lo que haría en las vacaciones de verano): «Jovencito, el mejor consejo que puedo darle es que sea usted mismo».

En definitiva, mi mensaje es: no tenéis por qué ser siempre vosotros mismos. Sed otras personas si es necesario. Por ejemplo, si eres Slobodan Milosevic, ¿por qué no decides ser alguien que no sea un repulsivo genocida? Si eres George W Bush... Bueno, mejor me callo. Me he prometido a mí mismo que no haría más chistes sobre George W Bush en este libro.

¡Ojo! No estoy diciendo que debas tratar de mejorar. Eso supone tiempo y esfuerzo, casi nunca funciona y al final uno siempre acaba siendo el mismo. Simplemente te sugiero que seas otra persona de vez en cuando, ya que el mundo es

demasiado variado para poder sobrevivir en él siendo siempre igual. «Soy enorme —dijo Walt Whitman—. Abarco multitudes». (Aunque ahora no estoy seguro de si fue Walt Whitman o James Bond en esa escena de *Goldfinger* en que Sean Connery está amarrado a una mesa y lo amenazan con un rayo láser).

Si no tienes más voluntad que un felpudo y no posees ningún talento o interés especial, bienvenido: eres uno de los nuestros. Somos millones de personas, con billones de antepasados y trillones de descendientes en el futuro. En mi modesta opinión, en la historia universal ha habido tan sólo siete u ocho personas originales a quienes todos los demás se han dedicado a imitar con más o menos fortuna. (Ahora esperáis que os revele quiénes son esas personas, pero me niego. Os diré, sin embargo, que ninguno de ellos es John Lennon. Ni Shirley MacLaine. Ni nadie a quien conozcáis personalmente).

Si habéis comprendido el concepto del huevo interior, os habréis dado cuenta de que todo es posible. Es decir, todo es «fingible». Podéis ser lo que decidáis.

Ser Oprah

«Podéis ser lo que decidáis». Al escribir estas palabras me he dado cuenta de que me sonaban, y enseguida he caído: las he oído en cada emisión de «Oprah», el programa de televisión de Oprah Winfrey. Oprah, quien hoy en día está considerada una de las mujeres más poderosas de América, disfruta repitiendo que podemos ser lo que decidamos, por muy pobres, oprimidos o negros del Sur que seamos. Nos lo dice para recordarnos que hubo un tiempo en que ella también fue pobre, oprimida y negra del Sur, aunque ahora le salgan los dólares hasta por las orejas.

Si ves el programa de Oprah te da la impresión de que su vida empezó cuando se quitó los grilletos untándose las muñecas con manteca de cerdo y huyó Misisipi arriba en un barco de vapor. Cuando veo a Oprah por la tele, me entran ganas de recordarle que el haber actuado en *El Color Púrpura* de Steven Spielberg no significa que realmente haya vivido en la época de la esclavitud.

Quando veo a Oprah por la tele me entran ganas de recordarle que el haber actuado en El color púrpura no significa que realmente haya vivido en la época de la esclavitud.

En su programa, Oprah tiene una sección llamada «No te olvides del espíritu», y yo, la verdad es que no lo entiendo. ¿Qué quiere decir? Que sales de excursión y, por la noche, cuando vuelves a la tienda de campaña te pones a rebuscar en la mochila pensando: «A ver: linterna, cerillas, mosquitera, saco de dormir. Oye, ¿dónde habré metido el espíritu? No me digas que me lo he vuelto a olvidar. ¿¿¿QUIÉN DEMONIOS SE HA LLEVADO MI ESPÍRITU???».

O tal vez se refiere a que llegas a la pregunta final de «¿Quiere ser millonario?», y el presentador te suelta: «Por un millón de dólares, Tiburcia: ¿cómo se denomina el alma racional de la persona, aquella parte que vivirá más allá de su muerte?». Y después del programa te arrastras por los pasillos con el rostro demudado y murmurando: «No puede ser: me olvidé del espíritu, me olvidé del espíritu...».

Lo que no se puede negar es que Oprah es un lince en el tema del huevo interior. Fijaos bien cómo se queda tan fresca mientras informa a todos esos infelices que ellos, con un poco de fe, podrían ser ella. Que sí, cariño, que si sigues tus instintos tú también puedes acabar sentado junto a Curan, charlando con Denzel Washington, Julia Roberts o esa consejera matrimonial de cuyo nombre no quiero, ni puedo, acordarme. Y lo dice tan tranquila, sin inmutarse lo más mínimo. Esa mujer mira al público a los ojos, le dice algo que claramente es una patraña, y se queda encantado.

¿Y por qué digo que es una patraña? Porque nadie puede ser Oprah. Ni siquiera Oprah es Oprah. El fenómeno Oprah es simplemente algo que tenía que ocurrir y Oprah no es más que una persona que fue lo bastante lista para dejar que ese algo tomara su forma.

Nadie puede ser Oprah. Ni siquiera Oprah es Oprah. No es más que una persona lo bastante lista para que ese algo tomara su forma.

Oprah —como tantos otros entrevistadores televisivos— no aporta su personalidad al programa ni tiene nada de qué hablar con sus invitados famosos, aparte de anécdotas y referencias a otros famosos. Simplemente se dedica a estar presente y dejar que el concepto Oprah exista. Ella y sus copias de otras latitudes se convierten en el huevo vacío para que un público agradecido lo rellene con lo que prefiera.

Tú también puedes ser como ella. ¿Cómo? No, no me refiero a atracarse de bocadillos y pastelitos, sino a dejaros llevar como hace ella. Aunque no lo parezca (a simple vista parece más inmóvil que una ballena varada), Oprah se deja llevar por la corriente de la vida. Sin querer sonar como Deepak Chopra, yo diría que fluye sin ser un ente fluido. (Acabo de releer la frase y sí que suena como Deepak Chopra. Creo que he leído demasiados manuales de autoayuda). Oprah Winfrey acepta plenamente su huevo interior, y aunque por fuera da la impresión de ser una charlatana o rellenahuevos, en el fondo es simplemente como a ti y a mí nos gustaría ser. Cuando aparece en la pantalla, no está pensando en angelitos y el camino hacia la luz, sino en a quién debería contratar para que escriba su próximo manual de autoayuda, en cómo conseguir que Jim Carrey se esté quietecito en el asiento, en retozar con Denzel Washington en la alfombra del plato o en comprarse un avión particular para que la próxima vez que haga un viaje no tenga que sentarse al lado de esa gente que podría ser como ella. Ella finge que no es así, pero nosotros sabemos la verdad.

Fíjate que sólo de pensar en Oprah me ha entrado hambre. Siempre asocio a Oprah con comida porque tengo una foto de ella pegada a la puerta de la nevera. Junto a la foto hay un mensaje escrito con esas letras imantadas que últimamente se han puesto de moda y que algunos fastidiosos usan para componer poemas de pésima calidad. (Creo que la gente los escribe para impedir que me acerque a sus neveras, ya que no hay nada peor que el concepto de poesía que tienen los demás. Digo «poesía» sólo por cortesía. Siempre tengo que controlarme para no agarrar a los perpetradores de cursilerías por el cuello de la camisa y decirles: «Toma, aquí tienes lápiz y papel. Si quieres escribir poesía, siéntate y escríbela como Dios manda, no mientras bebes de la botella y te rascas la barriga. Y cuando hayas acabado, guarda el papelito en un cajón o en una caja de zapatos, donde no pueda causar daño». Me entran ganas de añadir: «Ah, por cierto, eso de colocar tres palabras seguidas que acaben por la misma sílaba no es escribir poesía»).

Bueno, dejemos el tema de la poesía magnética para neveras. ¿De qué hablábamos? Ah, sí, del mensaje que hay en la mía, junto a la foto de Oprah. El mensaje es el siguiente: «La grasa no es obstáculo para el éxito, siempre y cuando

sepas fingir».

Lo cual me lleva al tema del próximo capítulo. Cuerpos danone.

7

Cuerpos danone

El cuerpo es un tema peliagudo. Creo que he dejado bien patente que soy un hombre tranquilo que pone mucho esfuerzo en no esforzarse mucho. No obstante, como la mayoría de los que estáis leyendo este libro en este momento, soy humano y, por tanto, víctima de la maldita vanidad.

El otro día, sin ir más lejos, bajé la guardia un momento y me convencieron para que me quitara la camisa en público. Las circunstancias exactas carecen de importancia, aunque os diré que algunos de los elementos presentes eran: una baraja de cartas, unas latas de cerveza y unas *pizzas* a medio comer.

Sin asomo de delicadeza —de ésa que hace que los hombres esbocen una sonrisa educada y eviten mirar a los ojos de una chica gorda cuando aparece en camiseta y bermudas—, las mujeres del grupo no disimularon su horror. Se quedaron tan boquiabiertas que algunas mandíbulas hicieron ruido. «No sabía que bebieses tanta cerveza», soltó una. «Qué pena, y ni siquiera llegaba a los cuarenta», comentó otra. Una joven madre les tapó los ojos a sus retoños y se apresuró a sacarlos de la escena del crimen.

Las risitas crueles se prolongaron durante toda la tarde a pesar de que no sólo me había vuelto a poner la camisa, sino que también me había envuelto con un mantel a cuadros. Fue humillante. Sin embargo, lo peor de todo fue recordar que hubo una época en que incidentes semejantes me habrían avergonzado tanto como para decidir tomar medidas al respecto.

El problema de semejantes resoluciones es que suelen comenzar por el gimnasio, unos lugares que odio entrañablemente.

El problema de semejantes resoluciones es que suelen comenzar por el gimnasio, unos lugares que odio entrañablemente. Para mí hacer ejercicio es comer en un *self-service* y el aerobico me suena a marca de bolígrafos. Además, nunca he logrado mantener una conversación con un ser vivo en un gimnasio. La gente que frecuenta esos sitios es más delgada y atlética que

yo, lo cual me intimida y, lo confieso, me da una rabia horrorosa. Vale, hay gente que

está peor, pero ¿a quién le apetece charlar con una pandilla de gordos?

A veces he sentido la tentación de hacer ejercicio en casa, pero no por mucho tiempo. La simple idea de cansarme en mi propio hogar transgrede todos mis principios, especialmente el de tomar cerveza sentado en el sofá. Ni siquiera me gusta hacer bricolaje o trabajitos por la casa; el día en que se me fundió la bombilla del dormitorio, trasladé la cama a la cocina para poder leer a la luz de la nevera. Era bastante cómodo, aunque una vez me olvidé de cerrar la puerta y me desperté con los párpados congelados. (Algunos de vosotros os estaréis preguntando si no era más esfuerzo llevar la cama a la cocina que cambiar la bombilla. Es posible que tengáis razón, pero no es eso lo que cuenta. Lo fundamental es que yo haría cualquier cosa con tal de proteger mi vagancia).

Desgraciadamente, resulta muy difícil escapar de los aparatos de gimnasia, ya que si uno no va a comprarlos, ellos vienen a ti. Si yo mismo no he sucumbido es más por casualidad y buena suerte que por fuerza de voluntad. Normalmente dichos aparatos se anuncian en canales tipo Teletienda o en publisreportajes nocturnos. Y yo soy especialmente susceptible a estos últimos, porque a esas horas es cuando más veo la tele y más aburrido estoy.

Los publisreportajes —bautizados en inglés con la infame expresión *infomercials*— suelen emitirse por todo el mundo y son maquiavélicamente persuasivos. ¿Por qué? Pues porque son de origen norteamericano y los norteamericanos, como todos sabemos, dominan el arte de vender. Por eso adornan sus *infomercials* con antiguas *Miss América*, oscuras medallistas olímpicas y animadoras de equipos de fútbol americano. Uno ve a estas mujeres de sonrisa dentífrica y piensa: «Dios, qué rubias y neumáticas. Qué bien están, para la edad que tienen y su evidente adicción a las drogas». De inmediato uno llega a la conclusión: «Quién sabe, si me compro este juego de cuchillos de titanio tal vez lograré tener el cuerpo de un californiano».

De inmediato uno llega a la conclusión: «Quién sabe, si me compro este juego de cuchillos de titanio tal vez lograré tener el cuerpo de un californiano».

Seguramente yo también habría caído en la trampa de los aparatos de gimnasia si no hubiera tenido una noche libre durante un viaje de trabajo a Amsterdam. Ya sé lo que estáis pensando, pero a pesar de ser un hombre con una noche libre durante un viaje de trabajo en Amsterdam, no salí de la habitación del hotel. En lugar de eso asalté el minibar e hice *zapping* por la televisión holandesa. ¿Y sabéis lo que encontré en la televisión holandesa después de medianoche? Algo totalmente improbable: un publisreportaje italiano que anunciaba un aparato de gimnasia.

Fue muy instructivo. Mientras los americanos nos venden aparatos como el Alpine Skier y el Fitness Flier —objetos de metal ligero que parecen piezas de arte abstracto y adornan muchos armarios trasteros del país—, los italianos nos enternecen al seguir depositando su fe en un producto llamado Vibromass.

Vibromass es aquella máquina, totalmente olvidada en el resto del mundo, que consiste en unas bandas elásticas para la cintura y muslos, y que mediante

vibraciones promete acabar con nuestra celulitis (y de paso con nuestros ahorros). El publibreportaje lo presentaba una viejecita italiana que le había dado tanto al lápiz de ojos que recordaba a una orca asesina. No quiero ser descortés, pero daba miedo.

La viejecita parecía muy satisfecha de aparecer en la televisión holandesa a las dos de la mañana, cosa que expresaba atizando con una vara las enormes nalgas de una chica vestida con un ajustado atuendo de gimnasia. Aquí se apreciaban claramente las diferencias culturales. Mientras los americanos prefieren emplear un modelo que represente el «Después» en sus demostraciones de aparatos para adelgazar, los italianos parecen decantarse por la versión correspondiente al «Antes». Es curioso. De todas formas, era bastante duro de ver, especialmente tan tarde, en una habitación de hotel en una ciudad desconocida y sin estar lo bastante borracho para gastarme la herencia de mis futuros hijos en canales eróticos.

«Si abusas de la máquina —advirtió la bruja italiana mientras una banda elástica amasaba el hemisferio inferior de la rolliza modelo— te puede doler». Acto seguido, le colocó las bandas sobre la cara. «¡También sirve para hacer masajes faciales!», exclamó la *mamma*, mientras la nariz y boca de la pobre chica cambiaban de sitio. Cada vez más pálida, la chica tuvo que soportar otro asalto de la vara. «¡Adelgaza los muslos! —declaró su torturadora—. ¡Y sirve para todas las edades!» Con aire amenazador, la señora acercó su rostro *chiaroscuro* a la cámara. «Gracias a Vibromass —susurró con aire libidinoso— ¡veo a los hombres con otros ojos!».

Aquella experiencia alejó para siempre la posibilidad de que se me ocurriera adquirir aparatos semejantes. No obstante, hermanos y hermanas, seguí siendo débil. Soñaba con cambiar, con remodelar mi cuerpo, no amorfo, pero sí corriente. Sí, quería un cuerpo nuevo: un cuerpo como el de los anuncios de Danone.

(Nota al editor: ¿Cuenta esto como publicidad? ¿Crees que los de Danone me pagarán por lo que he puesto? Yo no tengo ningún orgullo: aceptaré su dinero encantado. Si quieren, incluso puedo cambiar el título del libro a *¿Quién se ha llevado mi danone?*)

Sin embargo, mucho peor que el ejercicio físico son las dietas. Me avergüenza confesarlo pero es así: yo he hecho régimen. Y eso que mis dietas no son demasiado ambiciosas: normalmente se basan en dejar de comer los caramelitos que me traen con el café en la pizzería de la esquina. Incluso yo soy capaz de resistir la tentación cuando te traen esos caramelos pegajosos. Lo malo es cuando te traen chokolatinas de las buenas, porque entonces no hay quién que se resista. La vida es demasiado corta para privarte de una chokolatina.

Total, que la cosa se puso grave. Una noche estaba yo en el bar de la esquina, el Billares Unidos, a puntísimo de caer en la trampa de pedir una cerveza *light* cuando de pronto vi la Luz. (Hay una camarera en el Billares Unidos que se llama Luz, pero no me refiero a ella, sino a la Luz de la Verdad: la que ilumina a un hombre cuando toca fondo. Curiosamente tocar fondo suele estar relacionado con las idas y venidas de esta camarera, pero ya os aseguro que no me refiero a ella). Pensé: «Pero ¿qué hago? ¿Acaso esta cerveza *light* va a

hacerme feliz? ¿Es posible que mi sueño de tener una barriga musculosa en lugar de este barrigón sea mi elefante del desierto? ¡Debo buscar mi huevo interior y aceptarlo! ¡Debo convertir mi debilidad en una virtud!».

«Ya basta —decidí—. Basta de la tiranía de los flacos. Basta de esconderme y pasar vergüenza y acabar envolviéndome la barriga con papel de plata. (Por cierto, cuando te envuelves la barriga con papel de plata, ¿el lado brillante hay que ponerlo hacia dentro o hacia fuera? Bueno, no hace falta que me contestéis. Ya no me interesa). ¡Soy un hombre, caray, y tener barriga es un derecho irrevocable! ¿Qué más da si mi estómago no parece una tabla de lavar, sino una lavadora industrial? Además, vivo muy lejos de la playa, y siempre puedo llevar camisas holgadas».

Así es como me reconcilié con mi yo más débil. Y la cosa no queda así; desde estas páginas invito a todos los hombres de buena voluntad a que se unan a mí (no en matrimonio sino en espíritu) y que marchen a mi lado para defender la Liga de la Liberación de la Tripa. De hecho, ya he empezado a organizar la primera manifestación del Orgullo Barriguil para principios del año que viene. (Aunque me temo que no estaré presente. Las manifestaciones no me entusiasman; sólo pensar en el frío que hace en febrero y ya me pongo a estornudar. De todos modos, vosotros seguid con el plan: me han dicho que habrá comida en cantidad).

En resumen, nuestras barrigas son el fruto de una esforzada dedicación, por no mencionar el dinero y la herencia genética: no las rechazamos. Vamos, cantemos todos juntos: «Somos gordos, somos pesados, somos más. No... no... no nos moverán...».

*Mis dietas
se basan en
dejar de comer
los caramelitos
que me traen
con el café en
la pizzería
de la esquina.*

Conclusión

Llega la hora de la despedida. No, no lloréis, puesto que es ley de vida: las rosas se marchitan, las golondrinas emigran y —aunque parezca imposible— un día de éstos Robert Redford dejará de hacer de guapo de la peli. Todo sigue su ciclo vital, y yo empiezo a notar el aire fresco del otoño. Además, no me dieron un gran adelanto por escribir este libro, con lo cual o me pongo a buscar otro trabajo o los del estanco de la esquina van a venir a requisarme los cigarrillos.

A veces el universo funciona de forma misteriosa. Hay un vejete que vive al lado de mi casa. (No es el vecino al que le pido hielo y cuyo suplemento dominical me agencia de vez en cuando; ésos son los Katze, que viven en el número 27. El hombre que vive en la casa de al lado no compra el periódico del domingo). Nunca había mantenido una conversación larga con él, porque siempre me había parecido un poco raro. Resulta que el hombre tiene un perro de yeso pintado en el jardín y a menudo le lleva huesos o platitos de galletas; y en invierno, termos de café o sopa caliente. A veces, cuando me he quedado trabajando hasta tarde, me cuelo en su jardín y le escondo el perro debajo de un arbusto o me llevo su comida. El pobre hombre se vuelve loco; se pone a dar saltos y gritar: «¿Quién ha estado tocando mi perro?». Ya sé que es una tontería, pero a mí me hace gracia.

Aparte de eso, no habíamos tenido demasiada relación. De vez en cuando nos saludábamos desde nuestros jardines y él me decía:

—¿Oyó a los gatos ayer por la noche? ¡Menuda pelea!

—No —le contestaba yo.

—Claro... como pone usted la música tan alta —replicaba él, y se metía en casa sin decir más.

Ahora que lo pienso, no me caía demasiado bien. Pero resulta que, mientras escribía este manual, me pasó algo muy curioso. Una tarde vi al viejo en el jardín con un libro en la mano: estaba leyéndoselo en voz alta a su perro de yeso. Al ver el título del libro, se me heló la sangre en las venas. Era el *best seller Martes con mi viejo profesor*, de Mitch Albom.

Después de aquel incidente, dejé de salir al jardín durante un tiempo, aunque no podía esconderme para siempre. Mi vecino —llamémosle Bill, ya que así se llamaba

— se dedicó a merodear cerca de la valla del jardín esperando que yo apareciera. Un día me pescó mientras sacaba una caja de botellas vacías.

—¡Oiga, joven! —me dijo—. ¿Por qué no viene un día a casa a tomar té?

—¿Té? —contesté yo.

—Bueno, vale, pues que sea *whisky* —respondió al ver mis botellas vacías—. ¿Qué tal el martes? El martes es un buen día, ¿no?

Yo no pensaba ir, pero finalmente llegó el martes y todavía estaba preguntándome qué demonios poner en esta conclusión. Las conclusiones, no sé por qué, parece que pidan soluciones o, como mínimo, resoluciones. Sin embargo, yo no tenía ninguna solución o resolución, no porque fuera demasiado vago para encontrarlas (o al menos no sólo por eso), sino porque en mi opinión las soluciones y resoluciones son justamente las responsables de todos los problemas de este mundo. En efecto: si ponemos la oreja para escuchar al huevo interior, esa voz débil y machacona que se oye, como el oleaje dentro de un vaso de *whisky*, dice: «¡No hay soluciones! ¡No hay soluciones!». (Aunque a mí, personalmente, el oleaje dentro de un vaso de *whisky* suele decirme: «Bébeme, bébeme», lo cual sospecho que viene a ser lo mismo).

Total, que tanto pensar en *whisky*, al final me encontré frente a la casa de Bill, llamando a la puerta. El vejete apareció vestido con una ropa un poco *hippie* y un bastón que a veces se olvidaba de usar.

—Pase, pase —me dijo—. ¿Ha traído la grabadora? No importa, puede tomar apuntes.

El plan de Bill era evidente: su intención era legar su sabiduría al resto del mundo. Se sentó en una silla, juntó las yemas de los dedos y miró al techo como si estuviera reflexionando profundamente. A continuación comenzó a soltar frases del estilo: «¿Sabe lo que siempre he pensado? Pues que, para poder perdonar a los demás, antes hay que aprender a perdonarnos a nosotros mismos». O bien: «A mi parecer, deberíamos aceptar el pasado como pasado, sin negarlo o descartarlo». O: «Admitamos lo que somos capaces de hacer y lo que somos incapaces de hacer».

Al principio yo me limité a asentir educadamente y decir: «Ajá», y el tipo de cosas que dice la gente cuando no sabe qué decir. No obstante, cuando finalmente declaró: «El amor es el único acto racional», ya no pude más.

—Oiga —le interrumpí—. ¿No fue el profesor de ese libro quien dijo todo eso?

Bill lo pensó por unos instantes, y al final decidió legarme su propia sabiduría. Casi todo lo que me dijo entonces yo ya lo había oído antes, sobre todo de boca de mi padre. Mi padre era una verdadera fuente de sabiduría. «Nunca mezcles bebidas alcohólicas —solía decir—, busca un profesional que se ocupe de ello». O: «Nunca llesves calcetines blancos, a no ser que seas un jugador de tenis o un recién nacido». Y también: «Nunca te fies de los hombres bajitos».

Al cabo de poco tiempo, a Bill comenzaron a agotársele los consejos y el *whisky*, así que yo me levanté para irme.

—¿Sabe qué? —me dijo con un cierto tono de desesperación—. A veces el universo funciona de forma misteriosa.

Yo consideré aquella reflexión. Sí, era verdad, ya que sigo sin entender cómo la luz puede ser una partícula y una onda al mismo tiempo. Tampoco he averiguado nunca en qué dirección se escurre el agua si el desagüe está justo en el ecuador. Tal vez las máximas de Bill acabarían sirviéndome de algo.

—Siga —le dije, al tiempo que sacaba un bolígrafo y fingía que tomaba apuntes. Aquello lo dejó paralizado. Es posible que el universo funcione de forma misteriosa, pero es más fácil decirlo que demostrarlo con ejemplos concretos.

—Por ejemplo, ¿por qué el teléfono puede pasarse todo el día sin sonar y de repente te llaman dos personas al mismo tiempo?

—Mmm... —dije yo.

—Ah... Eh... ¿Y ha pensado alguna vez cuál sería el nivel del mar si no existieran las esponjas?

De pronto el viejo me dio pena. Me levanté de la silla y le puse una mano sobre el hombro. Sin embargo, a ninguno de los dos nos hizo ninguna gracia, por lo que inmediatamente retiré la mano y me volví a sentar.

—Bill, ¿por qué no nos tuteamos? —dije con amabilidad—. Y veamos, ¿quién dice que si eres mayor tienes que ser sabio? La sabiduría es para la gente que quiere vender libros.

Bill me dirigió una mirada agradecida, y nos quedamos un buen rato en silencio.

—Los masagetas eran un pueblo escita que vivió en las tierras situadas al este del mar Caspio alrededor del 600 antes de Cristo —le conté a Bill—. Veneraban a sus mayores: los cuidaban, respetaban sus opiniones y nunca les exigían que impartieran lecciones o máximas inteligentes. Aceptaban que la gente mayor ya había hecho bastante con envejecer. La vejez misma ya es de por sí un buen ejemplo.

—Conque los masagetas, ¿eh? —asintió Bill con aire pensativo—. Quizá yo debería haber sido un masageta.

—No creas —tuve que añadir—. Veneraban a sus mayores hasta cierto punto, después organizaban una buena fiesta de cumpleaños, y en un momento dado de la noche (supongo que después de los discursos y la primera ronda de bebidas), mataban al pobre anciano, lo asaban y lo añadían al banquete.

—Vaya.

—Sí, no todo eran diversiones y sabiduría en la época tribal —le informé.

—Salvajes —concluyó Bill.

—Pues de los mayas ni te cuento —proseguí—. La vida es muy simple, Bill. Lo importante es que estás vivo, no sufres de incontinencia, no te dedicas a la caza de ballenas y puedes ver la tele cuando te dé la gana. Además, tienes tu perro, acuérdate.

Bill asintió.

—No te agobies tanto —le aconsejé—. Deja la sabiduría para los que creen que su vida está vacía sin ella. Son gente triste, Bill. Gente desesperada. Tú y yo podemos sobrevivir sin eso. —Entonces recordé que hoy en día sólo te escuchan si hablas en aforismos y añadí—: Si lo piensas, la sabiduría no es más que otra palabra

para definir una buena vida.

No sé muy bien qué significaba, pero a Bill pareció convencerle. Después de aquello nos llevamos perfectamente y cuando se acabó el *whisky* y me deslicé hasta la puerta, me dio la sensación de que éramos viejos amigos. Mientras me decía adiós con la mano, yo me volví, lo miré a los ojos y le recordé el título de un famoso manual de autoayuda:

—Yo estoy bien, tú estás bien.

Fue uno de esos momentos que uno nunca olvida por mucho que lo intente.

Quizá Bill fue un regalo del cielo para ayudarme a escribir este último capítulo. (Si en efecto lo es, qué deprimente. Imaginaos vivir toda una vida con sus fracasos, traumas, y cortes de pelo decepcionantes, simplemente para que el pesado del vecino pueda acabar su libro a tiempo para la campaña de Navidad). Total, que después de llegar a casa y ocultar las llaves bajo una baldosa floja de la cocina, me puse a cavilar. Tú y yo hemos recorrido un largo camino —bueno, larguillo— y me temo que quizá no he sido justo. A lo largo del libro me he referido a nosotros como «vagos», pero quizás ésa no sea la palabra más adecuada. Simplemente ocurre que no queremos hacer esfuerzos innecesarios, siendo la palabra a subrayar «innecesarios», no «esfuerzos».

En resumen, este mundo está repleto de sandeces, dislates y simples estupideces, y cuesta muchísimo abrirse paso entre ellos. Es casi imposible no acabar tan cansado que uno se deje caer y la ola de necedades lo arrolle. La estupidez adopta muchos disfraces (de funcionario, de Spice Girl en solitario o de periodista del corazón) y una de las tendencias de ésta y próximas temporadas es vestirse de sabiduría.

Nuestro trabajo —el tuyo y el mío— es rechazar la estupidez, dejarla atrás y, si podemos, hacernos ricos por el camino. Yo he puesto mi granito de arena escribiendo este libro (y vendiéndolo). Ahora el resto depende de los lectores. Y no me preguntes cómo, porque no lo sé.

Quería terminar el libro con una explicación del título, pero ahora creo que ya no interesa. Ya habéis visto que no hay ningún queso y, de haberlo habido, yo me lo habría comido ya, en vez de llevármelo a algún sitio. Lo del queso no era más que un truco para conseguir que leyeseis el libro hasta el final. Aquí estáis, así que supongo que ha funcionado.

Epílogo

Ahora Bill y yo somos buenos vecinos. Nos saludamos cada mañana con cierto afecto, aunque, evidentemente, es difícil cambiar una costumbre. Cuando me quedo trabajando hasta tarde, todavía me entran ganas de colarme en su jardín y esconderle el perro de yeso o la comida que le deja. Ayer por la mañana, por ejemplo, Bill me despertó con sus gritos y maldiciones mientras rebuscaba entre los arbustos.

—¡Calma, calma! —le grité, asomándome a la ventana.

Bill alzó la vista y nuestras miradas se cruzaron una vez más.

—Tranquilo —le dije—. He sido yo. Yo me he llevado tu hueso.

Instrucciones para las páginas en blanco

Os habréis fijado en que las últimas páginas de este libro están en blanco. A no ser que los dependientes de la librería se hayan dedicado a hacer el gracioso con el rotulador, estarán libres de garabatos, *graffiti*, gráficos, listas de la compra y comentarios soeces. No os sintáis engañados: estas páginas no son un timo, sino una oportunidad de oro.

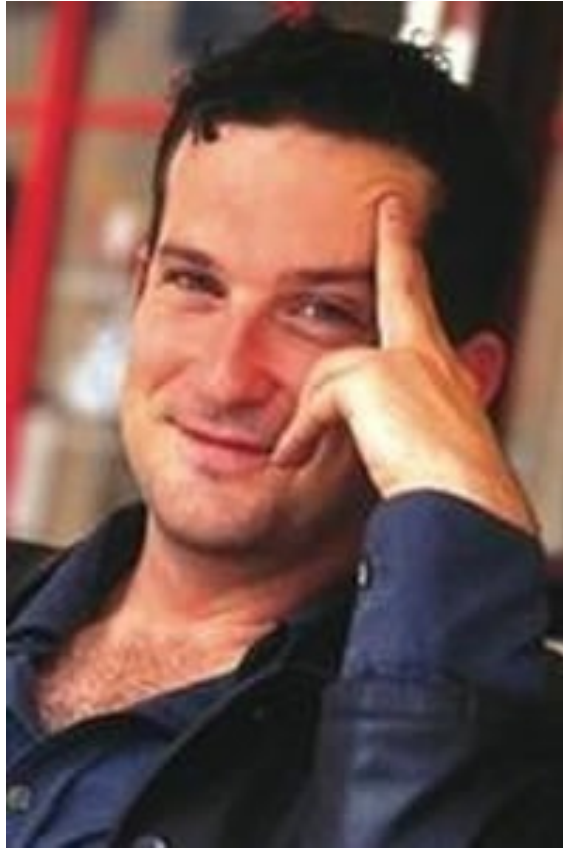
Las páginas en blanco de un libro son el equivalente literario a los minutos en blanco de vuestra agenda. Siento, pues, que mi deber sería sugeriros algunos posibles usos instructivos para estas páginas: anotando pensamientos filosóficos, o tomando notas para ese ciclo de sonetos épicos que revolucionará la historia de la poesía, etcétera... No obstante, creo que se puede hacer un uso más simple y efectivo de estas páginas.

Por ejemplo:

- Puede que estés leyendo este libro un día de calor y vayas vestido con prendas de abrigo que te pusiste esta mañana pensando que por la tarde refrescaría. En tal caso, estas páginas resultarán ideales para secarte el sudor de la frente. No dudes en hacerlo, ya que una cara sudorosa se asocia normalmente con los luchadores de sumo y no queda muy bien que digamos. Te aseguro que no vas a ligar nada si andas por ahí sudando como un cerdo (y yo no voy a vender nada si la gente te ve leyendo mi libro).
- Si arrancas las páginas podrás usarlas para confeccionar posavasos o para hacer confeti casero.
- Tal vez quieras emplear estas hojas para escribir una lista de todo lo que has aprendido en las páginas precedentes. Cada mañana puedes levantarte, silbar alegremente y repasar los consejos utilísimos que te he dado. No pienso hacerte un resumen de lo que deberías haber aprendido, pero sí puedo apuntar algunas sugerencias:
 - Cuando la vida te dé un mango, úsalo para preparar sangría.
 - Si no quieres ser tonto, deja de hacer tonterías.

- La vida es como una caja de bombones: cuesta mucho, si te la zampas demasiado rápido te pones enfermo y si te ven con ella, siempre te piden una parte.
- Piensa antes de hablar. Lee antes de pensar. Lávate las manos antes de leer.
- Una puntada a tiempo ahorra cincuenta, o sesenta como mucho.
- Yo estoy bien.
- No pierdas tiempo pensando si el vaso está medio lleno o medio vacío. Si el vaso va más o menos por la mitad, pide otra ronda.
- En la vida, como en las tertulias de sobremesa, sólo los sinvergüenzas dicen todo lo que sienten y sólo los pelmazos sienten todo lo que dicen.
- No te creas lo del «Just do it» (simplemente, hazlo). Las cosas hay que pensarlas. Más bien di: «Ya veremos» o «Puede que lo haga o puede que no». O mejor no digas nada.
- Y vete de la fiesta cinco minutos antes de que se te acaben los temas de conversación.

Os deseo lo mejor, amigos. Si notáis que os fallan las fuerzas, hojead este libro de nuevo y recordad: «Todo se puede fingir».



DARREL BRISTOW-BOVEY (Durban, 1971), escritor y guionista sudafricano, ha trabajado como editor de novela infantil y ha colaborado con distintos periódicos.

Ha publicado cuatro libros, el más conocido de ellos *Yo me he llevado tu queso*, una parodia de los libros de autoayuda para ejecutivos.